

La Ciudad Futura

Revista de Cultura Socialista

Director Fundador: José Aricó (1931-1991). Directores: Juan Carlos Portantiero y Jorge Tula - ISSN 0328-221X - N° 57, Buenos Aires, Primavera 2004 \$7

La política después del derrumbe

Contra la pobreza, por la
democracia y la equidad

Elecciones en EEUU:
democracia y terror

Liberalsocialismo:
Bobbio/Portantiero

Mocca

Sabatella

Leiras

Pedroso

Hecker

Bossoer

Ortiz

Plot

Teixidó

De Ipola

Crespo

Bonvecchi



En este número

La presente edición se articula, en lo nacional, alrededor del artículo de Edgardo Mocca, que describe el problemático panorama para las expectativas de consolidación del proceso de recuperación democrática abierto con la llegada de Néstor Kirchner al gobierno. En esa sección, otros artículos complementarios recortan problemas de la hora –como una crítica partidista a los partidos políticos argentinos; el papel de la banca pública como palanca del desarrollo, y la necesidad de colocar la redistribución del ingreso en una agenda de transformaciones progresistas–, destacándose el de Martín Sabbatella, especialmente por su reciente lanzamiento del libro *Encuentro por la Democracia y la Equidad*, primer emprendimiento de centroizquierda organizada que aparece luego de las elecciones presenciales del año último. En el capítulo internacional, las tres intervenciones abordan ejes de completa actualidad: el proceso de autoreescritura de las democracias latinoamericanas en crisis, la recolocación de Chávez en la sofisticada agenda mundial de EEUU y, en un escenario de gran expectativa, la definición de la elección presidencial norteamericana, que se debate en el marco de la democracia

y el terror. Un Dossier recupera un fragmento de Norberto Bobbio acerca del concepto de liberalsocialismo, complementado con un excelente comentario de Juan Carlos Portantiero sobre la tradición liberal y la tradición socialista. También aparecen reflexiones de Lucrecia Teixidó acerca de la depresión que dispara la pobreza en nuestro país, y el número se completa con las reseñas bibliográficas. Son tres intervenciones, de Emilio de Ipola, Alejandro Bonvechi y Horacio Crespo, que, a su calidad evidente, agregan la buena elección de los textos que comentan, respectivamente: la redicción del trabajo de Murnis y Portantiero sobre los orígenes del peronismo, la compilación de Isidoro Cheresky y Jean-Michel Blanquer de trabajos referidos a cambios operados en la política y la ciudadanía de la Argentina, y un documentado trabajo de Massimo Modonesi, que analiza la renovación del sistema político de México, desde el punto de vista de la izquierda socialista. Finalmente, unas pocas palabras sobre el cambio de nuestro diseño gráfico, particularmente del formato exterior. Muy simple: creemos en las virtudes de la renovación, también en ese plano. *Osvaldo Pedroso*

Sumario

POLÍTICA

Edgardo Mocca: La política después del derrumbe: entre la confrontación y la resignación 3
Martín Sabbatella: Contra la pobreza, por la democracia y la equidad 5

Marcelo Leirás: Notas para una crítica partidista de los partidos políticos argentinos 7

Osvaldo Pedroso: Redistribución del ingreso en la agenda del progreso 11

Eduardo Hecker: El rol de la banca pública en una estrategia de desarrollo 13

INTERNACIONALES

Fabián Bosser: Democracias latinoamericanas: resiliencias y autorrescates 15

Guillermo Ortiz: Chávez ofrece previsibilidad en momentos en que EEUU busca socios confiables 19

El artista: Antoni Tàpies. Uno de los más altos exponentes de la nueva vanguardia española, nació en Barcelona en 1923 y hacia fines de la década de 1930 produjo sus primeras obras. Fue cofundador, en 1948, de la revista *Dau al Set*.

Martín Plot: Democracia y terror en la elección norteamericana 21

REFLEXIONES

Lucrecia Teixidó: La depresión oculta de la pobreza 25

LIBROS

Emilio de Ipola: Un feliz retorno a los orígenes del peronismo 27

Horacio Crespo: La renovación de la democracia según la izquierda mexicana 28

Alejandro Bonvechi: El hilo es el laberinto 32

DOSSIER

Norberto Bobbio: Sobre el liberalsocialismo 33

Juan Carlos Portantiero: Tradición liberal y tradición socialista 37

■ POLÍTICA

La política después del derrumbe: entre la confrontación y la resignación

Que la crisis argentina de fines de 2001 tuvo una intensidad y una gravedad en sus efectos inmediatos de envergadura no conocida en nuestra historia contemporánea, es una evidencia poco discutida. El curso de la vida política de estos días parece indicar que no es tan fácil de reconocer el carácter estructural del retroceso argentino y lo perdurable de sus principales secuelas.

Edgardo Mocca

Si algo demostró la escena conformada a partir de la asunción del nuevo gobierno en mayo del año pasado, es que la política conserva capacidad para la creación de clímax públicos relativamente autónomos respecto de los indicadores económicos y sociales. Para cierta derecha, no se trata de otra cosa que del abuso por parte del gobierno de una retórica demagógica con la que se pretendió ocultar la realidad. Lo cierto es que, de la mano de una tan modesta como palpable recuperación económica y de la enunciación de un rumbo diferente, la sociedad argentina pasó de la desesperación a una cierta expectativa.

No es un logro secundario haber alcanzado ese cambio de humores sociales. No solamente en términos de construcción de poder propio por parte de un presidente que, por causa del más desleal de los gestos que registran estos veinte años de democracia, asumió sin la avalancha de votos en segunda vuelta que auguraban las encuestas y sobre la base de un caudal electoral del que no era dueño; ese cambio oxigenó también a la democracia en su conjunto y fortaleció la posición del país en una etapa de negociaciones internacionales particularmente crítica. Es decir, los meses que siguieron al cambio de autoridades significaron mucho más que una "luna de miel" presidencial: constituyeron, asimismo, un período de relativa recuperación nacional.

La sociedad argentina vivió duran-

te un período –que para ser justos habría empezado ya durante la presidencia de Duhalde– la aliviada sensación de haber escapado de los peligros de desgregación y ruina definitiva. Sin embargo, una vez eludidas las amenazas más sombrías, no tardó en percibir la gravedad del cuadro resultante del gigantesco descalabro. La miseria urbana, el temor por la propia vida y la integridad, la pérdida de horizontes laborales y las diversas formas de conflictividad violenta apuntaron a formar parte del paisaje. Los secuestros y los cortes de calles y de rutas, cada vez más propensos a la violencia, son la expresión codificada de un mundo social empobrecido y cuyas vías de recomposición distan de aparecer claras y previstas.

La Argentina fue siempre un país con una enorme potencialidad de movilización y agitación social y, al mismo tiempo, pobre en capital social, entendido como asociatividad estable y reglada. Fue en los años 60 y 70 uno de los modelos en los que abrevió Huntingdon para graficar su concepto de pretorianismo: alto nivel de movilización y débil capacidad de canalización institucional traían como consecuencia crisis recurrentes de gobernabilidad. Era el país de los paros y manifestaciones obreras gigantescas, de las presiones patronales, de la agitación estudiantil en escala de masas; era, por fin, el país de los planteos militares y de los golpes de Estado. Con razón se preguntó Luis Alberto Romero si "la dinámica social democrática y la potencia estatal conspiraban contra

el arraigo de una democracia republicana".¹ Ese país se ha desintegrado. Significa eso que la sociedad argentina ha entrado pasivamente en el crepúsculo de la decadencia y podemos "disfrutar" de una estabilidad institucional al amparo de la conflictividad y los enconos que surcaron nuestra cultura política durante el siglo pasado?

Para bien y para mal, la Argentina no es un país propenso a la resignación. Es este rasgo un recurso de inmejorable valor a la hora de pensar y actuar una propuesta reformista. Ciertamente, el rostro de los actores que protagonizan la escena ha variado sustancialmente; ni los sindicatos ni los grandes movimientos populares que en nuestro país ocuparon el sitio que en otros países hicieron suyo los partidos políticos, conservan su capacidad de movilización. Felizmente, tampoco los militares han retido el rol de arbitraje autoritario de los conflictos irregulares. Una sociedad fragmentada y volátil en sus opiniones políticas –particularmente en las grandes ciudades– ha encontrado nuevos canales de ocupación de la escena pública: se pronuncia contra la inseguridad, protesta contra los abusos, pone en escena el drama del desempleo a través de la ocupación de la calle. Son, efectivamente, otros actores, pero heredan una cultura de la movilización, fácil de detectar en la biografía de muchos de los protagonistas.

Así como la novedad que aportan los últimos meses es la instauración de un rumbo hacia cierta polarización ideológico-política de un conflicto caracterizado hasta aquí por su fragmentación y su inorganicidad. Reaparece, así, la sombra de una tradición política atravesada por enconos irreductibles y una escasa cultura de negociación. Las gigantescas movilizaciones promovidas por el padre de la víctima fatal de un secuestro extorsivo detonaron una acentuada radicalización de los discursos políticos. Otra vez hay dos relatos inconciliables de nuestra realidad: el que reivindica la prioridad de la reparación de la tragedia social de la pobreza y la marginación y el que postula el orden y la

seguridad como punto único y exclusivo de la agenda política. Los actores políticos del drama conjuran – para usar palabras de Marx– los espíritus del pasado, toman sus ropajes y sus consignas de guerra para representar la nueva escena. El señor Blumberg saltó recientemente, en su discurso ante un acto masivo, la última valla que lo separaba de un aberto protagonismo político, cuando hizo suyo el ya clásico motivo ideológico de la derecha que repudia “los derechos humanos de los delincuentes”. Cierta izquierda hace su apote a la intolerancia cuando mete en la misma boîsa el mensaje autoritario de la derecha y la legitimidad del reclamo por un mejor servicio de seguridad.

Ya no estamos, entonces, exactamente en el mismo punto de hace dos años, cuando las calles de las grandes ciudades del país eran recorridas por protestas inorgánicas y fragmentadas, solamente vertebradas por un difuso e intenso malestar ante la dirigencia política. Era el tiempo, vale recordarlo, en que algunos intelectuales querían encontrar en la furia antipolítica desatada el punto del encuentro histórico entre las clases medias con las cacerolas y los pobres con los piques. Ese curioso consenso negativo no resistió la experiencia de cierta normalización política y una leve recuperación económica. La política va encontrando su lugar en la Argentina posterior al derrumbe; es obvio que no nos referimos a la política de los clivajes sociales definidos y los partidos políticos ocupando el lugar central (circunstancia ésta última que nunca existió plenamente en nuestro país, a excepción de un corto período posterior a la recuperación democrática de 1983). Es una política personalizada, que circula ante todo a través de los medios masivos de comunicación y de las encuestas de opinión pública; es, en fin, el modo de producción política característico de nuestra época. Pero conserva el *pathos* intolerante, el sesgo de antagonismo existencial y la renuencia a la negociación que atravesó gran parte de nuestra historia.

Casi no hace falta decir que este

cambio de escenario ha repercutido fuertemente en la política del gobierno de Kirchner. El Presidente ha perdido el control excluyente de la agenda política y ha visto mermado – aunque moderadamente– su apoyo en la opinión pública. Su rumbo hacia una coalición política que lo autonomizara del Partido Justicialista perdió dinamismo, en la medida en que la nueva situación obliga al Presidente a encontrarse con la “roca dura” del sistema político argentino: los gobernadores y las bancadas justicialistas y radicales del Congreso, en fin, las vetustas “corporaciones políticas” a las que el Presidente descalificó apenas asumió el cargo. Puede pensarse con toda razón que con esos partidos, tal como hoy existen, no puede conducirse un proceso de reformas en el país. Sin embargo, es también razonable reconocer que sin esos partidos no hay actualmente forma de gestionar un régimen de pluralidad democrática; queda el recurso de dirigirse hacia una democracia plebiscitaria, concentrada en las decisiones del Presidente y el respaldo popular; pero, ¿sería eso una “nueva política”? No sin marchas y contramarchas, el Presidente parece haber comenzado un giro hacia el reconocimiento de los partidos políticos realmente existentes y una rela-

ción más armoniosa con el mundo empresario y sindical. Tampoco es un viraje menor la disposición a poner un mínimo de orden en las calles, después de los desastrosos resultados de la inacción policial ante los destrozos en la Legislatura porteña. Acaso estemos, para utilizar la expresión de Vicente Palermo, ante un deslizamiento de un “gobierno de contraposición” hacia un “gobierno de composición”.

El problema, para el gobierno, para la democracia argentina y para las fuerzas de izquierda democrática, es si ese abandono de cierta épica setentista y la adopción de un curso de diálogo y negociación política supone o no el abandono de un rumbo reformista encunciado y tibiamente comenzado por la actual gestión. Dicho en otros términos, si hay para la política argentina algún camino diferente de la confrontación irreducible o la resignación conservadora. Y seguramente la dilucidación de ese interrogante tiene en el gobierno a su actor principal pero no único. Hay un manifiesto déficit de flexibilidad en la conducta de algunos de los actores políticos centrales. Que la derecha defienda privilegios económicos y le asigne en esa defensa prioridad en la constitución del orden público es algo bastante normal; la derecha argentina le agrega sistemáticamente el chantaje de la “gobernabilidad”, manera contemporánea de convocar los fantasmas de la quiebra institucional. Que la izquierda sostenga la prioridad de una mejor distribución de la riqueza con un horizonte de ciudadanía e igualdad es parte central de su razón constitutiva; lo característico de los sectores progresistas de nuestro país – particularmente de aquellos que gozan hoy de una audiencia social significativa– es interpretar esa justa demanda al margen de toda consideración por las reales posibilidades con las que cuenta el país. Mientras la derecha amenaza con el caos, cierto progresismo denuncia traiciones; éste parece ser el signo de la política argentina de estos días.

Lentamente el país político va entrando en un nuevo ciclo electoral.



Esa perspectiva impregna inevitablemente la conducta de partidos, grupos y dirigentes. La pregunta central para quienes seguimos promoviendo la gestación de una coalición de izquierda democrática en el país podría ser si el capítulo electoral es aprovechable para un reagrupamiento de fuerzas que exprese mejor las demandas y los conflictos de nuestros días. Por ahora se insinúa un cuadro que muestra un justicialismo dispuesto a reconocer a las corrientes adictas al Presidente un nuevo peso en su interior con tal de preservar su unidad y su predominio electoral; fuerzas de centroderecha que negocian su unidad a nivel nacional sin que, por el momento, aparezca ningún sector del peronismo dispuesto a encabezarlas y a un progresismo hegemonizado por un discurso de sistemática intransigencia opositora. Si ese cuadro se estabiliza, es muy probable que la lucha por el rumbo político del país se libre en el interior del justicialismo, en perjuicio de una orientación reformista y en desmedro de la competencia interpartidaria.

La línea de construcción de una nueva coalición política –popularizada con el desdichado nombre de “transversalidad”– parece provisoriamente estancada. Es posible, por lo tanto, que en el campo de la izquierda haya una diversidad de apuestas políticas entre quienes sostengán la necesidad del apoyo al gobierno y quienes se sitúen en una postura de oposición. No es, claro está, el mejor terreno para discutir la construcción de un sujeto político amplio y plural de izquierda reformista. Sin embargo, es posible generar espacios de debate e iniciativas comunes centradas en aspectos puntuales que presenten a fuerzas y dirigentes del progresismo la dispersión y el antagonismo. De otro modo, es posible que la política surgida después del descalabro de 2001 tenga demasiados parecidos con el pasado. □

Nota

¹ L. A. Romero. *La crisis argentina*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2003.

Construir una alternativa

Contra la pobreza, por la democracia y la equidad

Luego de una destacada labor como concejal del municipio bonaerense de Morón por el Frepaso, en 1999, a los 29 años, Martín Sabbatella fue consagrado intendente. Y en 2003, con lista vecinal independiente, fue reelegido con 53 por ciento de los votos, infligiéndole una memorable derrota al aparato duhalista. Ahora acaba de fundar el Partido Encuentro por la Democracia y la Equidad, que intenta proyectarse como organización de centroizquierda con alcance nacional.

Martín Sabbatella

“El pastor Miguel Brun me contó que hace algunos años estaba con los indios del Chaco paraguayo. Él formaba parte de una misión evangeliadora. Los misioneros visitaron a un cacique que tenía prestigio de muy sabio. El cacique, un gordito quieto y callado, escuchó sin pestear la propaganda religiosa que le leyeron en lengua de los indios. Cuando la lectura terminó, los misioneros se quedaron esperando. El cacique se tomó su tiempo. Despues, opinó: ‘Eso rasca, y rasca mucho, y rasca bien’.

“Eso rasca donde no pica”.

(Eduardo Galeano, *La función del arte, 2, “El libro de los abrazos”*)

rodeó de aquellos a los que había jurado combatir. El Frepaso –al que pertenecí y cuya voluntad de construcción frentista defendí, valoro y rescato– nació para enfrentar el bipartidismo y terminó aliándose con una de sus expresiones; quiso expresar lo nuevo y copió las prácticas políticas tradicionales, y hasta ayudó a continuar las políticas de degradación nacional, incluso convocando a sus promotores, diseñadores e intérpretes.

En un intento torpe y vertiginoso por flegar al Estado, el proyecto progresista más importante de los últimos tiempos fue capaz de ceder –ante los ojos y oídos de la sociedad– gran parte de las convicciones que habían constituido su razón de ser, ilusionando en que se lograría enderezar el timón una vez esquivada la tormenta inicial.

La agenda propia

Tras la experiencia frustrada y frustante del Frepaso, quienes nos sentimos parte de la izquierda democrática, la centroizquierda o el progresismo argentino, tenemos el desafío de reconstruir nuestra identidad a partir de reconocer cimientos comunes; una matriz de miradas, sensaciones y pensamientos parecidos que generan similares aspiraciones de transformación orientadas a edificar una sociedad más justa y democrática.

No se trata de poza cosa, sobre todo en el país en el que las simpatías o antipatías personales de los dirigentes suelen teñir a tal punto las construcciones políticas que prenuncian lo efímero de su subsistencia. Definir lo

que tenemos en común a partir de identificar sustentos ideológicos coincidentes es, para este espacio, tan aáfico como imprescindible.

En ese sentido, creo que conspiran contra la necesaria unidad de la centroizquierda los intentos por conformar fuerzas políticas periféricas o satelitales a las estructuras partidarias tradicionales, cuya única justificación pasa por la afinidad con algunos de sus dirigentes. Más allá de reconocer y valorar el rol histórico que estas fuerzas han tenido en nuestro país, es evidente que se vacaron de contenido, se viciaron de corrupción y ya no expresan lo que alguna vez expusieron. Esas estructuras se han vuelto maquinarias pragmáticas enfermas de poder, aparatos carentes de protagonismo real y debate profundo, que se ponen a disposición de proyectos muy diversos y contradictorios. En su nombre, se puede defender con tanto ímpetu la legitimidad estatal como ayer se le rezaron varios credos a la teoría del derrame y a la lógica rabiosa del mercado sin bozal.

También, resulta contraproducente

la oposición a libro cerrado, que no reconoce ciertos abordajes importantes y progresistas de la actual gestión y que termina enfrentando a dirigentes y militantes que habitan el mismo campo ideológico.

A diferencia de ello, desde Encuentro por la Democracia y la Equidad bregamos porque el espacio de la izquierda democrática sea capaz de reagruparse a partir de un núcleo de principios, ideas y convicciones comunes, desde el cual interesar a la sociedad en búsqueda de consenso, y también cuestionar, apoyar o agregar aspectos a la agenda pública nacional. Entre el alineamiento satelital y la oposición *in límine* existe la posibilidad de crecer con autonomía, comprometidos con la generación de una alternativa política que pueda trascender los liderazgos personales, dispuestos a superar la actitud testimonial, con ambición de transformar el país y con una institucionalidad lo suficientemente sólida como para asimilar en unidad las diferencias y matizadas que tenemos y que se irán presentando. Atravesar una construcción política

de ese tipo no sería una práctica insólita o novedosa. Muy por el contrario, los casos del Frente Amplio en Uruguay o del propio PT en Brasil, son enormemente ilustrativos al respecto y, si bien ninguna experiencia puede ser extrapolada ya que responde a características muy específicas de cada país, no parece existir ninguna razón seria que justifique eludir una arquitectura política similar en Argentina.

Democracia y Equidad

En tren de reconocer esa matriz de identidad, resulta evidente que en nuestra país los problemas principales giran en torno a dos aspectos: la degradación social y la degradación institucional, que encontraron sus expresiones más acabadas desde comienzos de la dictadura militar. A la par de una obscura concentración económica que arrojó en la pobreza a la mitad de los habitantes y condonó a la miseria a uno de cada cinco argentinos, la democracia sufrió un enorme desgaste, generando un nivel de debilidad de sus instituciones inédito y peligroso que atentó y atenta contra la propia sociedad. Mientras millones de personas se quedaron sin trabajo y fueron privadas de sus derechos más esenciales, la corrupción, el clientelismo y la falta de idoneidad comenzaron a corroer los pilares de un Estado que dejó de ocuparse de quienes más lo necesitan para volverse bofín de guerra de aparatos partidarios inescrupulosos al servicio de la consagración de privilegios ilegítimos.

En ese sentido, somos nosotros los que debemos alzar conjuntamente las banderas de la Democracia y la Equidad y definir programas acordes a la reconstrucción de una sociedad de sujetos plenos de derechos –es decir, de ciudadanos–, en la que el Estado ocupe el rol de promotor y garante de esos derechos políticos, civiles y sociales, con instituciones participativas, modernas y eficaces, organizadas para satisfacerlos. Más allá de las coincidencias con otros sectores del espectro ideológico decididos a promover la calidad democrática y a establecer reglas de juego adecuadas para el de-

bate político, podemos y debemos combinar esa defensa de mejores instituciones con la elaboración de propuestas transformadoras que tiendan a revertir las graves desigualdades económicas que padece el país. No hay razón de ser de una fuerza política de centroizquierda si no aborda como aspecto central la lucha contra la pobreza, la calidad democrática y la igualdad de oportunidades. Es a partir de esa actitud propositiva, y no sólo desde la capacidad de diagnosticar y brindar testimonio, desde donde lograremos generar una alternativa seria y transformadora que demuestre ante los ojos de nuestros compatriotas que existe una forma de gobernar distinta y mejor, capaz de edificar una sociedad más justa y solidaria, con un desarrollo económico que vaya de la mano de la equidad distributiva.

Nuestras experiencias en el gobierno de ciudades importantes, con presupuestos y poblaciones semejantes a los de algunas provincias argentinas, dan cuenta de que la construcción de esas opciones políticas e institucionales no es un proyecto inalcanzable. Incluso debiendo atravesar dificultades enormes, como las vividas entre mediados de 2001 y de 2002, pudimos demostrar que existe una gobernabilidad distinta a la del *status quo*; una gobernabilidad de la ética, de la inclusión, de los principios y de la coherencia, que contrasta con la gobernabilidad pragmática del equilibrio matoso, los *lobbies* y las corporaciones de privilegios.

Pero, ante todo, tenemos que estar dispuestos a abandonar cualquier mezquindad o especulación que conspire contra la unidad de este espacio, así como no debemos tentarnos con ataques, renuncias o desvíos como aquellos que, en el pasado reciente, nos llevaron a un retroceso innecesario y frustrante.

Estoy seguro de que vamos a ser capaces de avanzar hacia esa construcción y, más temprano que tarde, llegará la hora de empezar a escribir otra historia; una historia sin víctimas, una historia repleta de protagonistas dispuestos a "rascarse donde hace falta para que ya no piique".

Podría funcionar un régimen democrático sin partidos?

Notas para una crítica partidista de los partidos políticos argentinos

Partidos fuertes con una democracia pobre, la alternativa indeseada de un posible desarrollo del curso de las cosas en la Argentina. Aunque también están abiertas perspectivas más esperanzadoras en el panorama difícil de los partidos políticos, luego de los críticos días de finales de 2001, cuando la representación había caído en el más profundo de los pozos.

Marcelo Leiras

D e acuerdo con los datos publicados en el tercer volumen del informe *La democracia en América Latina*, elaborado por el Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD),¹ los argentinos consideran a la democracia como el mejor sistema de gobierno en proporción semejante al promedio de la muestra regional. La opinión nacional se distingue de la del respondiente típico de la encuesta en la que se basa esta parte del informe, en su valoración de los partidos políticos como requisito del gobierno democrático y en la confianza respecto de estas organizaciones. En ambos casos, en nuestro país los valores son menores que el promedio latinoamericano. Considerando que los datos se recogieron en 2002, no es sorprendente que la opinión argentina respecto de los partidos políticos sea predominantemente crítica. La coexistencia de esta crítica con el apoyo a la democracia como régimen de gobierno es un poco más curiosa. ¿Cómo podría funcionar un régimen democrático sin partidos políticos?

Para la gran mayoría de los especialistas en el análisis político, esta es una pregunta retórica: el gobierno democrático no es posible sin partidos políticos. Sin embargo, la insatisfacción que expresan los datos de ésta y otras muchas encuestas demanda una respuesta que vaya más allá de la repetición de una convicción bien respaldada en la experiencia histórica y la teoría política, pero abstracta y formal. En efecto, la agrupación de aspirantes a ejercer el gobierno en partidos políticos es el resultado organizacional más probable de la celebración habitual de elecciones; pero estas agrupaciones pueden adoptar estructuras y prácticas muy diversas. Corresponde, entonces, aceptar plenamente el desafío que plantea la pregunta anterior y explorar alguna de las posibilidades que sugieren los simuláculos apoyo a la democracia y crítica de los partidos revelados en la encuesta: ¿en qué medida la democracia argentina puede profundizarse y extenderse independientemente de los partidos? ¿En qué medida los partidos argentinos pueden ser vehículo de democratización?

Estas notas proponen una respuesta partidista para estas preguntas. La respuesta es partidista porque se origina en la creencia de que la profundización y la extensión de la democracia requieren organizaciones que combinen la vocación por ejercer el poder con la aceptación de la pluralidad. Esta combinación de actitudes es bastante infrecuente entre los partidos políticos que entre organizaciones de cualquier otro tipo. La respuesta reconoce, además, que los progresos del gobierno democrático en nuestro país tuvieron en los partidos políticos existentes a sus principales impulsores y protagonistas. Los principios democráticos de gobierno rigió hoy en nuestro país de manera más completa que en cualquier otro momento de su historia. A pesar de la intermitencia del compromiso de los grandes partidos nacionales con las reglas de la competencia democrática, ninguna organización, con la probable excepción del movimiento de Derechos Humanos, impulsó la extensión



Libros del Zorzal

VICENTE BARROS • El Cambio Climático Global



“Como consecuencia del crecimiento del consumo de combustibles fósiles, las emisiones de dióxido de carbono aumentaron y aumentarán exponencialmente, y al mismo ritmo seguirán sus concentraciones en la atmósfera. El resultado es un calentamiento global que amenaza con la extinción de especies más devastadora de los últimos millones de años y, que, de persistir por mucho tiempo, hará de la superficie de la Tierra algo muy distinto de lo que es actualmente. Los cambios vendrán acompañados de catástrofes y conflictos, algunos de los cuales ya se pueden avizorar”.

Libros del Zorzal: www.delzorzal.com.ar / info@delzorzal.com.ar

de los derechos electorales y sociales en Argentina tanto como los partidos políticos. Al mismo tiempo, y paradójicamente, la desigualdad y la pobreza, enemigas de la democracia, se extienden a un ritmo escandaloso y desconcertante bajo los gobiernos que encabezaron estos mismos partidos. De allí que el examen crítico de estas organizaciones resulte oportuno. Las consideraciones anteriores sugieren que la crítica debe orientarse hacia el fortalecimiento y la reforma de la política partidaria antes que al reemplazo o la neutralización de los partidos.

Los partidos como vehículos del gobierno democrático

Entiendo a la profundización y extensión de la democracia como a la igualación de oportunidades de formar y expresar preferencias acerca de las decisiones de gobierno y de incidir en la elaboración e implementación de esas decisiones. ¿Pueden los partidos políticos contribuir a la democratización, así entendida? Las respuestas que ofrece la teoría política contemporánea pueden sintetizarse en tres argumentos, que servirán para orientar los comentarios sobre los partidos argentinos que se exponen más adelante. Comenzaré por exponer por qué los partidos en general pueden contribuir a la democratización, para luego discutir en qué medida lo hacen los partidos políticos argentinos.

Un primer argumento, inspirado en teorías de elección racional, sostiene que la contribución democratizante de los partidos políticos reside en su capacidad para resolver los problemas de información y coordinación que enfrentan los ciudadanos en el momento de votar. Los problemas de información consisten en determinar quiénes son los candidatos para ocupar cargos de gobierno y qué es probable o improbable que decidan estos candidatos en caso de acceder a cargos. El problema de coordinación reside en estimar cuál es el resultado más probable del voto propio, dados los votos del resto de los ciudadanos. Para que el voto sea algo más que una consagración ritual de los candidatos

ganadores, es decir, para que exprese una autorización prospectiva a un juicio retrospectivo sobre la acción de gobierno, los problemas de información y coordinación deben resolverse. De acuerdo con este argumento, los partidos políticos ofrecen esa solución porque: a) institucionalizan la selección y la presentación de los candidatos, y b) elaboran identidades, doctrinas y programas que pueden dar señales sobre el curso general de la acción de gobierno. ¿En qué sentido la resolución de estos problemas es democratizadora? La información política es un recurso indispensable para votar y un bien escaso. Su distribución es desigual y está fuertemente asociada a la de otros bienes sociales. La constitución de partidos políticos puede moderar esa desigualdad en la medida en que: a) los partidos tomen efectivamente a su cargo la tarea de seleccionar candidatos, y b) las etiquetas partidarias puedan asociarse con algún contenido identitario particular. Como veremos más adelante, los partidos políticos argentinos experimentan varios problemas para destacar algunos aspectos positivos y otros negativos.

Un segundo argumento sostiene que los partidos políticos democratizan la toma de decisiones porque ofrecen un espacio de participación en la elaboración de programas de gobierno y porque establecen mecanismos destinados a asegurar que las decisiones de los funcionarios electos a través de sus listas, se adecuen a las doctrinas y planes elaborados. Desde esta perspectiva los partidos constituyen la expresión organizacional de la universalización de los derechos de expresión y asociación. Antes de la constitución de los partidos políticos modernos, otras instituciones habían permitido a ciertos sectores ir ocupando un lugar en la toma de decisiones políticas: las representaciones municipales y comunales, a los vecinos distinguidos de las ciudades medievales y modernas; los parlamentos, las cortes y otros cuerpos representativos; a los sectores con mayor capacidad de contribución fiscal. La formación y la aceptación legal de los partidos políticos

independizaron, al menos formalmente, la posibilidad de ejercer el poder público de la ocupación de cualquier posición particular en el espacio social. En este sentido, su existencia constituye un avance en la transformación de las repúblicas representativas en sistemas democráticos. Ahora bien, los partidos también pueden ser herramientas a través de las cuales el *establishment* político limite el impacto democratizante de la expansión del electorado. La organización partidaria puede funcionar como dique de contención o como canal de participación. Para que ocurra lo segundo es necesario que la elaboración de planes de gobierno sea el resultado de un proceso de deliberación abierto a todos los miembros de las organizaciones, que las candidaturas y los cargos de dirección partidaria se ocupen de acuerdo con reglas de juego claras y ecuánimes y que la organización partidaria permita coordinar y controlar el comportamiento de los funcionarios públicos electos. El análisis de los partidos políticos argentinos, según este segundo criterio, permite destacar algunos aspectos positivos y otros negativos.

Finalmente, de acuerdo con un tercer argumento, los partidos políticos democratizan el ejercicio del gobierno porque institucionalizan el conflicto distributivo; institucionalizan, en tanto expresan demandas de parte de la sociedad y en tanto someten la expresión y la satisfacción de esas demandas a las reglas de la competencia electoral y a las del ejercicio constitucional del gobierno. Como vehículos del conflicto distributivo, los partidos políticos pueden funcionar como agentes democratizantes en un sentido fuerte: ofrecen la posibilidad, aunque no la garantía, de adoptar decisiones legales y democráticamente legítimas que compensen desigualdades resultantes de otros procesos sociales de distribución de bienes. Por supuesto, el conflicto distributivo canalizado a través de los partidos puede resolverse, con igual legitimidad, en un sentido marcadamente regresivo. También es cierto que pueden producirse redistribu-

pciones progresivas como resultado de decisiones legales pero no democráticas. La historia latinoamericana ofrece ejemplos de ambas posibilidades. Lo que destaca este tercer argumento es que la coexistencia de pluralismo político e igualación social requiere la existencia de organizaciones partidarias eficaces. Parte de esa eficacia depende de la firmeza de los vínculos organizacionales y simbólicos entre los partidos y sus electorados. En el presente argentino coexisten conflictos distributivos intensos con organizaciones partidarias que enfrentan dificultades para expresarlos institucionalmente.

La capacidad democratizante de los partidos políticos argentinos

Analizando la situación actual de los partidos políticos nacionales a la luz de los tres argumentos expuestos más arriba, podemos tomar algunas notas acerca de su potencial democratizante.

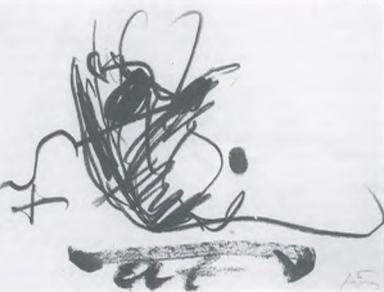
Como se ha indicado, los partidos políticos resuelven los problemas de información y coordinación de los votantes en la medida en que estructuran la oferta de candidaturas. La renuencia a resolver internamente la asignación de candidaturas, especialmente marcada en el Partido Justicialista y a escala provincial, conspira contra el desempeño de las funciones informativas de los partidos. La adopción y el mantenimiento de la Ley de Lemas en muchas provincias argentinas y el procedimiento de neólemas que desató el conflicto por la candidatura presidencial justicialista en 2003, transfieren al electorado en general el problema de coordinación que, de acuerdo con el argumento expuesto, los partidos políticos deberían resolver internamente. Cuando la selección de las candidaturas se transfiere al electorado en general, los votantes deciden considerando a las facciones partidarias como unidad y los resultados se agregan a escala de los partidos. La diferencia entre la unidad de decisión y la umbral de agregación enturbia tanto la estimación previa como la interpretación posterior de los resultados electorales, debilitando de este modo la contribución informa-

tiva de los partidos. Este problema es más marcado a escala provincial que a escala nacional, pero de todos modos relevante, considerando la centralidad de las organizaciones partidarias provinciales en la política argentina.

En el plano de los significados, la asociación entre las etiquetas partidarias y compromisos identitarios o programáticos estables es cada vez más débil. Es cierto que los partidos políticos más antiguos, sobre todo los dos mayoritarios, son herederos de tradiciones que los asocian con una trama rica de significados que motiva la adhesión de segmentos del electorado. El estudio de Gerardo Adrogue y Melchor Arnesto sobre las elecciones presidenciales de 1999,² indica que esta trama continúa estructurando las decisiones de los votantes hasta hace muy poco. Sin embargo, los analistas de Marcelo Escobar y Ernesto Calvo sobre comicios más recientes³ sugieren que el impacto electoral de las tradiciones partidarias se ha debilitado, especialmente para el amplio espacio de electores no peronistas que, en la clásica caracterización de Juan Carlos Torre, ha quedado huérfano de representación partidaria.⁴ El valor de la historia y las tradiciones como fundamento de adhesión electoral no es independiente de la consistencia de las promesas y las políticas adoptadas más recientemente. La diferencia entre las promesas de campaña y las políticas de gobierno y la oscilación entre políticas

adoptadas por distintos miembros de un mismo partido, dificultan la asociación entre nombres partidarios y posiciones políticas. Ser peronista o radical puede significar muchas cosas, pero también puede significar nada en particular. Con diferencias según los casos, los nombres de los partidos argentinos continúan significando, pero esta especie de relevancia semántica no es eterna y la inconsistencia política y discursiva consagra contra su reproducción.

En orden al segundo argumento propuesto, la capacidad democratizante de los partidos políticos requiere que los programas partidarios se elaboren en procesos deliberativos amplios, que las candidaturas y los cargos partidarios se decidan de acuerdo con reglas claras y ecuánimes y que la organización partidaria coordine y controle la acción de los funcionarios electos que son miembros del partido. Pueden hacerse observaciones acerca de los tres aspectos, pero el segundo de ellos es el que, a mi juicio, plantea dificultades más importantes para las organizaciones partidarias argentinas. Los partidos políticos argentinos son organizaciones singularmente abiertas desde el punto de vista de su reclutamiento y fuertes en términos de su capacidad de estructurar carreras políticas. Participan de su vida interna personas provenientes de todos los sectores sociales y el progreso dentro de la organización depende más de los



recursos de poder que los individuos reúnan dentro de la organización y para la organización, que del poder, prestigio o recursos que puedan acumularse en otras organizaciones y actividades. Las candidaturas mediáticas y los saltos del espectáculo, los negocios o el deporte hacia la política son, hasta ahora, más la excepción que la regla. Esta capacidad de reunión y coacción de los partidos contrasta con la inestabilidad y opacidad de las reglas de competencia interna. A escala provincial, el acceso a las candidaturas y a los cargos partidarios es muy poco competitivo y está fuertemente controlado por los líderes distritales. A escala nacional, los partidos mayoritarios experimentan agudas y crecientes dificultades para organizar la competencia a partir de reglas aceptadas por todos los sectores. Los partidos metropolitanos con aspiración mayoritaria, como Acción por la Repùblica y Frepaso, hasta 2001, y Recreat y ARI, hoy, dependieron o dependen de la recurrente intervención de sus líderes para resolver sus conflictos internos. La inestabilidad de la regulación de la competencia interna dificulta la renovación de liderazgos y, restándole oportunidades a los nuevos dirigentes, promueve la fragmentación y la diáspora partidaria.

Por último, la capacidad de los partidos de institucionalizar el conflicto distributivo depende de la firmeza de

los vínculos entre esas organizaciones y sus electorados. Sorprendería que la profundidad y la velocidad de los cambios recientes en la estructura social argentina no hubieran afectado a la relación entre los partidos y sus electorados. Detectar y expresar las demandas de nuevos actores requiere un esfuerzo de interpretación y adaptación que pocas organizaciones están en condiciones de hacer en períodos cortos. Por lo demás, el divorcio entre los protagonistas del conflicto distributivo y la política partidaria no constituye una novedad en la historia política argentina. Partiendo de reconocer la dificultad de satisfacer este requisito podemos, no obstante, anotar la falta de vocación de las organizaciones partidarias nacionales por adecuar sus estructuras y sus prácticas a los nuevos escenarios sociales. La respuesta más habitual parece ser más bien defensiva y consiste, en la mayoría de los casos, en cambiar las reglas electorales, tanto internas como generales, para reforzar el control de las coaliciones partidarias dominantes y obstaculizar el surgimiento de nuevos liderazgos o la consolidación de nuevas agrupaciones.

Partidos para la democracia

Competir eficazmente por el ejercicio del poder, someterse a reglas de juego respetuosas del pluralismo y extender las oportunidades de parti-

cipación, son requisitos muy difíciles de satisfacer simultáneamente. Debemos aspirar a que los partidos políticos expresen lo mejor de las sociedades que representan, pero la política democrática es una tarea para hombres y mujeres comunes, no para héroes. El accidentado camino de la extensión de los derechos políticos y sociales, las marchas y contramarchas de la institucionalización de la competencia política en nuestro país, nos recuerdan que la democracia es un juego de apuestas más altas que lo que nos hemos acostumbrado a pensar en los últimos veinte años. El enriquecimiento democrático de nuestro régimen de gobierno demanda el fortalecimiento de las organizaciones partidarias existentes o el nacimiento de otras más robustas, no el reemplazo de la política de partidos por otras formas de representación. Revitalizar las tradiciones, adecuar las prácticas a los discursos, institucionalizar la competencia por las candidaturas y los cargos partidarios, atender e interpretar las nuevas demandas son algunas de las tareas que permitirían comenzar a transitar ese camino. La erosión de los partidos argentinos es preocupante pero no inexorable. Nuestros partidos no están a salvo de las amenazas que llevaron al derrumbe de sistemas partidarios como el venezolano, pero también podría ocurrir que este sistema poco competitivo e inestable sobreviva mucho tiempo más. En ese caso, tendríamos uno o más partidos fuertes pero una democracia pobre. □

Notas

¹ <http://democracia.undp.org/Default.asp>
² Gerardo Adrogóz y Melchor Arnesto "Adén con vida. Los partidos políticos argentinos en la década del '90", *Desarrollo Económico*, Vol. 40, N° 160, 2001.

³ Marcelo Escobar y Ernesto Calvo. "De lo obvio y lo oculto en las elecciones presidenciales de 2003: transversalidad, realineamiento partidario y volatilidad electoral en Argentina", Documento de Trabajo N° 4, Penglación, 2003.

⁴ Juan Carlos Torre, "Los huérfanos de la política de partidos. Sobre los alcances y la naturaleza de la crisis de representación partidaria", *Desarrollo Económico*, Vol. 42, N° 168, 2003.



Un tema del que es difícil hablar

La distribución del ingreso en la agenda del progresismo

En 2002, toda persona ocupada en nuestro país ganaba la quinta parte de lo que ganaba en 1995, y una de cada cinco no conseguía empleo. Es decir, no tenía salario, lo cual significa que tampoco tenía obra social ni podía acceder a ninguno de los servicios propios de un ciudadano de esta época. No es preciso abundar: todo empeoró y, en tales condiciones, la Argentina puede tornarse en un país social y moralmente inviable.

Oswaldo Pedroso

La gravedad de la cuestión social es tal que invade hasta los más mínimos resquicios de la vida cotidiana, no sólo de quienes se encuentran en lo más profundo del pozo de la miseria, sino de toda persona con un mínimo de sensibilidad. Nadie ignora la terrible situación en la que vivimos y a diario, y en todas las circunstancias, encontramos testimonios que la ponen de manifiesto de manera dramática. Este sentido de omnipresencia hace imposible desconocerlo; claro está, pero también puede crear las condiciones para naturalizarla. Es decir: la crisis social está tan metida en nuestra realidad de todos los días, que corremos el riesgo de acostumbrarnos a convivir con ella y perder de vista su trágica dimensión.

Por lo demás: si esa es la situación, parece lógico que la izquierda democrática le preste la atención que merece. A riesgo de no hacerse cargo del papel que se asigna.

En el documento *Aportes para el Desarrollo Humano de la Argentina*, publicado a fines de 2002,¹ el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) habló de la "explosión" de la pobreza en nuestro país, detallando que cerca de veinte millones de personas, esto es, más de la mitad de la población, no podían cubrir la canasta mínima de alimentos y servicios, mientras que un cuarto de la población urbana no llegaba a satisfacer sus necesidades alimentarias.

Los datos son terminantes y frente a ellos la expresión "explosión" resulta elocuente, pero también puede dar lugar a equivocos. Porque en rigor no se

Eduardo M. Basualdo, en *Concentración y centralización del capital en la Argentina durante la década del noventa*,² afirma: "Desde mediados de la década de los años 70 la concentración de la producción y la centralización del capital son fenómenos persistentes y dinámicos en la economía argentina, que encuentran su condición de posibilidad en una profunda regresividad en la distribución del ingreso". Más adelante, enfatiza: "a pesar de la expansión económica y el incremento de la productividad, la distribución del ingreso [...] empeoró significativamente durante esos años. De esta manera, quedaron invalidadas las diversas teorías que sostienen que durante las etapas de acelerado crecimiento económico se registra necesariamente un 'efecto derrame', mediante el cual los asalariados mejoran su participación en el producto generado socialmente".

Lo que me interesa puntualizar especialmente a esta altura, es que nuestra grave situación social no es producto de la crisis económica e institucional del país, sino de la acentuación de un fenómeno propio de un modelo de distribución de la riqueza que se manifiesta de manera implacable, aun en circunstancias de crecimiento y expansión. Y, por lo tanto, sin un cambio en ese patrón de distribución será imposible detener –y menos aun, revertir– la curva de decadencia social.

Hay quienes piensan que la pobreza, la indigencia y la exclusión sólo podrán ser abordadas a partir de la superación de la crisis general del país, en un cielo de abundancia que permita crear empleo y, como consecuencia, generar un incremento de la riqueza y del bienestar colectivos. Pero esa idea es tributaria ingenua del concepto del "derrame", en el sentido de que primero hay que acumular con sacrificio popular y luego distribuir. Y mientras tanto, ¿qué se hace con ese 70 por ciento de pobres y hambrientos? La teoría del "derrame" y las versiones afines suponen que la distribución es un proceso automático de la economía y no una consecuencia de la política. No me parece que haya sido ajena a esta idea el alboroto con que

en su momento fue recibida, aun en medios progresistas, la llegada de Domingo Cavallo al gobierno de la Alianza. Como si la economía constituyese apenas un tema técnico, con un curso propio, el mismo para un goberno reaccionario como para uno progresista. Este tipo de pensamientos, que no atienden contradicciones subyacentes en los problemas concretos, persiguen una imaginaria y única solución posible, dio lugar a aquella dura reflexión de Norberto Bobbio: "es el fruto de la habitual ilusión tecnológica".⁴

Así también, cierta izquierda pretendía lúcidamente la idea de que "las crisis siempre las pagan los pobres". Es obvio, pero ese realismo cínico esconde la idea de que sólo hay una manera de salir de las crisis: acen-tuando la explotación y haciendo más regresiva la distribución de la riqueza. Como si Thatcher y Jospin hubieran llevado adelante el mismo programa social, tanto como si Kirchner estuviese haciendo en ese planteo lo mismo que hizo Menem en su hora.

Es cierto que no se puede distribuir más de lo que hay y que la distribución de la riqueza no es, simplemente, recortar la torta de manera que alcance idólicamente para todos. Esto también es una ilusión. Pero hay lo que hay, ni más ni menos, y eso viene siendo repartido de una manera terriblemente regresiva. No creo que tenga sentido seguir así hasta que todo estalle de

CREDITOS PERSONALES

\$35,86	CUOTA INICIAL		
Sin letra chica			
POR CADA \$ 1.000.-			
CUOTA PROMEDIO	PLAZO	TASA FIJA	COSTO FINANCIERO TOTAL
\$33,78	48 meses	19,00%	22,53%
(C.T.F., I.R.A.)			
TODO INCLUIDO			

Sólo un Banco con la trayectoria del Ciudad, un Banco que siempre estuvo con vos, puede brindar los Créditos Cuota Clara. Sin letra chica. Sin sorpresas.

0800-22-20400

www.bancociudad.com.ar

CUOTA CLARA

Banco Ciudad
te quiere ver crecer

verdad, por inviabilidad absoluta, sino, más bien, buscar el cambio hacia una sociedad más solidaria, quitándole algo a los que más tienen.

Claro que tampoco se trata de un dilema técnico de distribución. Es una transformación profunda, en lo económico, en lo social, en lo político y, aun, en lo institucional. Porque un cambio en la distribución que permite atacar seriamente la situación de la pobreza, de la salud, de la educación, de las condiciones de vida de las mayorías empobrecidas en todo el país, es algo monumental, imposible de imaginar, por ejemplo, sin una transformación simultánea del funcionamiento de los partidos tradicionales, que prácticamente asientan y reproducen su poder en el uso ofensivo de la pobreza. Y no parecen ser hoy demasiado confiables en un cuadro de amplia y extendida política asistencial, como la que habría que llevar adelante para atenuar los efectos más drásticos de la situación, hasta tanto puedan entrar a funcionar mecanismos de crecimiento y desarrollo capaces de motorizar el núcleo del proyecto colectivo.

Si bien la pobreza y la exclusión no son una competencia exclusiva de la izquierda democrática, puesto que es un terreno de acción política sobre el que confluyen intereses y propuestas de todos los sectores de la sociedad, sí es imprescindible que la izquierda democrática aborde el tema como una cuestión estratégica, como uno de sus

¹ Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), *Aportes para el Desarrollo Humano de la Argentina*, Buenos Aires, 2002. Síntesis de las investigaciones realizadas sobre pobreza y democracia por los equipos dirigidos, respectivamente, por Liliana De Riz y Juan Carlos Portantiero.

² "Están en juego nuestra inserción en el mundo y el modelo de país y democracia", *La Ciudad Futura*, N° 56, pp. 11-14.

³ Eduardo M. Basualdo, *Concentración y centralización del capital en la Argentina durante la década del noventa*, Universidad Nacional de Quilmes, Plaico, Idep, Buenos Aires, 2000, pp. 11 y 176.

⁴ Norberto Bobbio, *Derecha e izquierda*, Taurus, Madrid, 1995, p. 53.

⁵ "Un sistema de alternancia democrática frente al movimientismo totalizador", *La Ciudad Futura*, *íd.* pp. 28-32.

Oportunidades y desafíos en el proceso de recuperación

El rol de la banca pública en una estrategia de desarrollo

Falsas disyuntivas impuestas en las políticas económicas de la década pasada, distorsionaron el debate y generaron, a la vez, graves perjuicios a los intereses del país. Se trató de una operación no desinteresada, que desacreditó el valor de herramientas e instrumentos que hoy podrían recuperar un acentuado protagonismo, en la definición de un modelo de crecimiento a largo plazo

Eduardo Hecker

Durante los años 90, la reforma

del Estado degradó el papel de las políticas públicas como herramientas de articulación de una estrategia integral de desarrollo. Fueron años en los que, desde lo discursivo, prevaleció una falsa contradicción entre Estado y mercado. Este viraje, desde el punto de vista de la economía, se expresó en diferentes niveles, los cuales transitaron entre el abandono de la producción de bienes y servicios por parte del sector público, la debilidad regulatoria (cuando no la cooptación del regulador y la corrupción) y la implementación de un régimen de políticas macroeconómica adversa para el desarrollo de los sectores productivos y la creación de empleos.

En este contexto, resultó lógico y esperable que el papel de la banca pública fuera desvirtuado y puesto en contradicción con respecto a las necesidades del país. Recordemos que en la década pasada, la banca pública se transformó —«buena medida»— en uno de los ámbitos de articulación entre los intereses de sectores políticos y económicos, hecho que se materializó —entre otros aspectos— en el otorgamiento de créditos ruinosos. La corrupción restó credibilidad a la banca pública y, naturalmente, desvirtuó su razón de ser. El siguiente paso era la privatización. Una vez más, los males del Estado se solucionarían a través de su abdicación en manos del mercado.

Estos sucesos fueron consistentes con la trayectoria que asumió el sector financiero en su conjunto. La

autolimitación que imponía la Convivencia sobre la política monetaria, la estrategia regulatoria del Banco Central, los procesos de concentración y desnacionalización, junto con los fenómenos mencionados respecto de la banca pública, constituyeron—todos ellos—aspectos que configuraron un escenario de profundas transformaciones en el sistema financiero argentino. Los objetivos de "solidez" y "solvencia" fueron presentados como ejes centrales, los cuales, en apariencia, eran contradictorios con la necesidad de preservar una banca al servicio del desarrollo.

Ante todo ello, la estrategia regulatoria del Banco Central enfatizó la necesidad de alinearse detrás de las normas de Basilea, las cuales constituyeron una suerte de principios regulatorios orientados a preservar la solvencia de los sistemas financieros. Estas normas han sido pensadas desde (y, fundamentalmente, para) las economías más desarrolladas, y si bien poseen aspectos sobre los cuales es importante prestar atención, no es menos cierto que, dissociadas de los fenómenos idiosincráticos locales, ofrecen algunas restricciones que operan negativamente sobre el desarrollo económico.

Un hecho curioso es que la versión



"local" de la aplicación de las normas de Basilea, lejos de buscar una adaptación que asimilara las especificidades de nuestra economía, redundó en un endurecimiento de las restricciones. Así, la Argentina asumió un régimen "Basilea plus".

La normativa regulatoria que fue aplicando el Banco Central generó claros incentivos para que los bancos financiaran al sector público y a las grandes empresas, castigando duramente a las empresas pequeñas y medianas. Esto fue el resultado de la aplicación de las normas sobre medición del riesgo asociado a los distintos tipos de préstamos, medición que convierte el establecimiento de mayores o menores encajes. Así, comprar títulos públicos era una operación sumamente beneficiosa para un banco, por cuanto el Banco Central establecía que esa operación no tenía riesgo alguno asociado y, por ende, el banco podía inmovilizar recursos. Por el contrario, prestarle a una PYME era evaluado como una operación de alto riesgo y asumía un fuerte costo para el banco, hecho que se reflejaba en mayores tasas de interés para las PYME y en su descalificación para acceder a determinados créditos. En otras palabras, las normas regulatorias formaron parte de una política integral más amplia y de una visión sobre el desarrollo claramente alejada de las mejores prácticas internacionales.

El resultado de esta estrategia regulatoria quedó en evidencia: las empresas pequeñas y medianas quedaron prácticamente afuera del mercado de crédito, el Estado se sobreendeudó, la banca se concentró y extranjero y el sistema no ofreció la solvencia tan anunciada. En suma, se trató de un sistema financiero que no cumplió cabalmente sus objetivos de canalizar el ahorro de la sociedad hacia el consumo y la inversión, es decir, que no estuvo al servicio del desarrollo económico.

La evidencia está hoy a la vista. En países como China, la relación entre préstamos al sector privado y el producto bruto interno alcanza nada menos que 142 por ciento. Esto habla de

un gran apalancamiento de la actividad económica. En EEUU, la mencionada relación es de 70 por ciento, mientras que en Chile asciende a 67 por ciento y en Brasil a 36 por ciento. Estos dos últimos ejemplos sirven para contrastarlos con la realidad local: en la Argentina, la participación de los préstamos al sector privado en el PBI es, en la actualidad, de 9 por ciento, cuatro veces menos que en Brasil y siete veces menos que en Chile.

Naturalmente, la crisis ha incidido en esta abismal diferencia, por cuanto en los años 90 se llegó a alcanzar una relación de 24 por ciento, pero aun así, es posible apreciar un claro diferencial con otras realidades latinoamericanas. Esto nos habla, entre otros aspectos, de la incidencia de las políticas regulatorias y de las oportunidades de crecimiento perdidas.

La banca pública, hoy

El fenómeno descripto nos refiere conductas pasadas, por una parte, pero también oportunidades y desafíos. La banca pública tiene un papel a desempeñar en el proceso de recuperación económica iniciado hacia fines del año 2002 y, más ampliamente, en la definición de un modelo de desarrollo a largo plazo.

La teoría económica, en sus aspectos heterodoxos, fundamenta la exis-

tencia de la banca pública en al menos tres elementos. En primer lugar, la existencia de monopolios u oligopólios justifica la intervención en el mercado de crédito de manera tal de subsanar las distorsiones y evitar la apropiación de rentas extraordinarias y transferencias de ingresos de consumidores y empresas. En tal sentido, la banca pública juega un rol de "banca testigo" en la formación de precios.

El segundo aspecto tiene que ver con el racionamiento del crédito y la discriminación hacia las pequeñas y medianas empresas, sectores que tradicionalmente dejan de ser atendidos por la banca privada. Promover la instrumentación del crédito hacia todos los agentes económicos, operando sobre las inequidades del sistema bancario, es otro de los aspectos centrales que justifica la existencia de la banca pública.

En tercer lugar, la banca pública juega un papel contracíclico, contribuyendo a acelerar las fases ascendentes del ciclo económico y a atemperar las fases recessivas. Esto significa, entre otros aspectos, que cuando la economía empieza a mostrar señales de recuperación, pero aún no transformadas en cambios conductuales por parte de la banca privada, los bancos públicos pueden anticipar la tendencia promoviendo la expansión del crédito. El ejemplo más re-

siente al respecto lo hemos podido observar en los dos últimos años, cuando, tras el colapso económico-financiero de fines de 2001 y comienzos de 2002, los bancos Nación y Ciudad fueron los primeros en lanzar líneas de crédito a tasas accesibles.

La mirada sobre la banca pública debe valorizar los criterios de eficiencia y modernización en las prestaciones, aspectos sobre los cuales, sin lugar a dudas, existen asignaturas pendientes. Naturalmente, dicha mirada no debe teñirse del mismo color con el cual se analiza el plan de negocios de una entidad privada. La banca pública opera con criterios y proyectos a partir de los cuales la variable de análisis desde donde se debe evaluar su acción debe ser la "rentabilidad social", antes que la rentabilidad que pueda surger del balance o los tradicionales criterios de eficiencia que se utilizan para evaluar el accionar de un banco privado.

En suma, en la actual etapa del país, es importante revalorizar el papel de la banca pública como agente de desarrollo económico y social a partir de su rol como banca testigo, compensando las inequidades que genera el mercado y canalizando el ahorro hacia proyectos de inversión que dinamicen el aparato productivo. □



Siglo veintiuno editores Argentina



IAN KERSHAW
LA DICTADURA NAZI
Problemas y perspectivas de interpretación
COLECCIÓN HISTORIA Y CULTURA



Oscar Terán (coord.)
IDEAS EN EL SIGLO
Intelectuales y cultura en el siglo XXI latinoamericano



Adrián Gorélik
MIRADAS SOBRE BUENOS AIRES
Historia cultural y crítica urbana
COLECCIÓN METAMORFOSIS

Tucumán 1621 7º N • (C1050AAG) Buenos Aires • Tel/fax (54 11) 4373 8516 y rot • info@sigloxxieditores.com.ar

■ INTERNACIONALES

Democracias latinoamericanas: resiliencias y autorrescates

Resiliencia es un concepto que todavía no ha llegado a la caja de herramientas terminológicas de los polítólogos, pero que puede explicar con bastante asidero los procesos y vicisitudes políticas que atraviesan en los últimos tiempos las democracias latinoamericanas. Los referendos de Bolivia y Venezuela, de julio y agosto de este año, serían dos ejemplos.

Fabián Bosco*

Concretamente, resiliencia puede definirse como la capacidad de adaptación de un sistema o colectividad humana para enfrentar adversidades sucesivas acumuladas en situaciones de riesgo, sin perjuicios para la integridad y la existencia. O, en términos de ingeniería, física y mecánica, "la capacidad de un material para recobrar su forma original, después de someterse a una presión deformadora" ("resilto": volver al estado original, recuperar la forma original).

La idea central es que no obstante las adversidades sufridas por una comunidad, ésta tiene potenciales capacidades para desarrollar conductas que les permiten alcanzar niveles aceptables de bienestar. La propuesta desplaza el enfoque tradicional sobre carencias, debilidades y factores de riesgo, situando al individuo –o colectividad– y su entorno en sus recursos y fortalezas para mejorar sus condiciones de vida o preservar aquellas herramientas que permiten hacer frente a condiciones extremadamente negativas.

Este enfoque original permite pensar en los procesos políticos e institucionales recientes en Sudamérica? Más específicamente, ¿pueden ser aplicaciones de la teoría de la resiliencia, análisis que expliquen la realización de los referendos en Bolivia y Venezuela como modos de vehicular conflictos y tensiones que amenazan con quebrar la continuidad democrática por la vía de mecanismos novedosos que impliquen y no excluyan a las demandas y a los actores sociales involucrados?

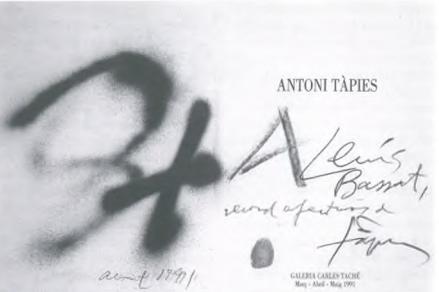
Por primera vez, gobiernos interinos elegidos por los Congresos, con presidentes surgidos del acuerdo parlamentario y con base de apoyo multipartidario y legislativo, reemplazaron a presidentes que habían perdido su sustento y legitimidad, o que habían renunciado produciendo un estado de virtual acefalía, en medio de estallidos sociales, desbordes policiales y claras señales de descontrol o paralización estatal.

Estos interinos, abiertos a partir de 2001, culminaron en 2003 en desembocaduras electorales que lograron devolverle a los regímenes democráticos su legitimidad menoscabada. En todos los casos se dieron similares patrones de salida institucional a la crisis de la sucesión presidencial: gobiernos surgidos del acuerdo parlamentario completaron los períodos interrumpidos por la salida intempestiva de estos mandatarios. En Ecuador, tras la caída de Jamil Mahuad asumió el vicepresidente Gustavo Noboa y completó el período hasta las elecciones que proclamaron a Lucio Gutiérrez, en noviembre de 2002. En Perú, Alan García y Paraguay, tras la salida de Alberto Fujimori, Fernando De la Rúa y Raúl Cubas asumieron gobiernos presididos por una figura parlamentaria, Valentín Panaguja, Eduardo Duhalde y Luis González Macchi, que completan mandatos interrumpidos de manera traumática, y garantizan elecciones

esta perspectiva puede implicar, inclusiva, ir más atrás y analizar retrospectivamente las evoluciones políticas recientes bajo el prisma de un exitoso proceso de autorrescate de las democracias.

Recambios recientes en Sudamérica

Veamos lo siguiente. En el período comprendido entre principios de 1999 y fines de 2001, un grupo de países sudamericanos vivió procesos traumáticos de recambio gubernamental, colapsos momentáneos de su aparato estatal y una alta inestabilidad social que, sin embargo, encontraron resolución dentro del sistema democrático. Son los casos de dos países integrantes de la Comunidad Andina de Naciones –Perú y Ecuador– y de dos países miembros del Mercosur –Argentina y Paraguay–.



limpias de las que surgen las presidencias de Alejandro Toledo (julio de 2001), Néstor Kirchner (mayo de 2003) y Napoleón Duarte Frutos (agosto de 2003), respectivamente.

Se dieron distintas explicaciones sobre las causas determinantes de dichas alteraciones, descalabros y recomposiciones. Desde causas económicas internas y externas, como la crisis financiera internacional que encontró a estos países en un grado extremo de vulnerabilidad—producto del alto endeudamiento y del agotamiento del ciclo de reformas de mercado inaugurado a inicios de la década del 90—, hasta causas político-institucionales como los defectos y disfuncionalidades de los sistemas presidencialistas rígidos, el descrédito de los gobiernos, la crisis de representación que afectó a la dirigencia y a los partidos políticos, la acumulación de déficit arrastrados de etapas precedentes (legados del pasado autoritario), problemas no resueltos en los primeros tramos de la recuperación democrática). O causas sociológicas más coyunturales y personales, como las características de los liderazgos presidenciales y la corrupción, incapacidad e irresponsabilidad en el manejo de los gobiernos.

Por otra parte, tampoco hay acuerdo acerca del real significado institucional de estas renuncias forzadas de presidentes en ejercicio y sobre cómo definirlas en términos teóricos. Existe una corriente de interpretación que les asigna el carácter de un “golpeamiento encubierto”, a la usanza de las escaladas tradicionales derivadas de la ingobernabilidad de las democracias, con coaliciones cambiantes de intereses corporativos que se unen circunstancialmente para voltear gobiernos cuando éstos dejan de funcionar como administradores confiables, aunque en este caso sin el concurso decisivo de los militares, recurso reemplazado por la movilización popular en las calles y la paralización forzada del aparato estatal. Esto crearía una situación definida como de “neoinestabilidad”, con “democracias by default”, es decir, experiencias en las que la democracia funciona a los tumbos, sin ser inter-

rumplida, y logra su subsistencia pero no por su propia legitimidad intrínseca sino por la inviabilidad e ilegitimidad de cualquier alternativa de facto.

De uno u otro modo, se prestó escasa atención a estos segmentos temporalmente delimitados de la evolución política de estos países latinoamericanos, que fuera más allá de su caracterización e interpretación, sea como la secuencia final de una etapa, sea como la recurrencia de procesos ya vividos. Un enfoque diferenciado, desde el prisma de la teoría de la resiliencia, permitiría explorar otras hipótesis y escenarios alternativos.

A) Crisis con salvataje

En primer lugar, es posible extraer de aquel período lo que podrían abordarse como casos paradigmáticos de “crisis con salvataje”, en los que se pusieron a prueba como nunca antes las capacidades y recursos institucionales existentes, las actitudes y comportamientos de los actores decisivos y, más ampliamente, la cultura y las prácticas de la democracia, entendidas como aprendizaje colectivo para resolver la cuestión de la gobernabilidad en términos dramáticamente concretos y existenciales.

Se hace referencia aquí al concepto “crisis sin salvataje” utilizado para caracterizar el proceso de derrumbe de las frágiles y condicionadas democracias de los años 60. Dichos análisis concluían en el inevitable desplome de instituciones frágiles, debido a una polarización social acompañada de una colusión de actores y poderes fácticos unidos por “consenso de terminación” en un tablero de “juego pretoriano”. Entonces se entendía por “salvataje”, siguiendo a Juan Linz, a las operaciones de auxilio de un sistema democrático o parlamentario destinadas a evitar su erosión y/o derumbe. Estos mecanismos eran, por lo general, alguna forma de democracia limitada, gobiernos “de unidad nacional” y/o la intervención de alguna figura prestigiosa o carismática, capaz de usar la crisis en aras y a favor de una refundación institucional.

Importa destacar que este “componente parlamentario” al que hacemos alusión tiene un alcance más amplio

1999-2001 permiten hablar de una “crisis con salvataje” que se procesa en el interior de las instituciones representativas, sin limitaciones o restricciones a la vigencia plena del funcionamiento democrático y sin descansar en liderazgos unipersonales aglutinantes y hegémónicos, o en el respaldo decisivo de una alianza de poder sustentada en las Fuerzas Armadas.

B) Neoparlamentarismo o “presidencialismo alternativo”

En segundo lugar, podemos plantear la hipótesis de que las instituciones representativas, las reglas democráticas y las libertades ciudadanas, sobrevivieron en este período a tres derrumbes simultáneos, que afectaron tanto las bases del régimen político como los fundamentos del modelo socioeconómico: a) el del “presidencialismo de emergencia”, jugado como fórmula de gobernabilidad, b) el de las formas de representación política tradicionales dominadas por grandes partidos, y c) el de las reformas neoliberales de privatización y desestatización de la economía, como programa que daba sostén y energía propulsora a la acción de los gobiernos.

En su conjunción, y en tren de agragar un artefacto conceptual más a los tantos neologismos con los que se buscó definirlo, llamaremos “presidencialismos de mercado” (un compromiso de decisionismo político y desestatización de la economía) al modelo que dominó en las democracias latinoamericanas durante los años 90. Las fórmulas de reemplazo que sobrevienen al derrumbe de estos presidencialismos de mercado, pueden denominarse tentativamente como “neoparlamentarismos de crisis” o “neoparlamentarismos de transición”, y se definen como una forma híbrida de sistema presidencial con base parlamentaria y componentes variables de parlamentarismo y presidencialismo en el funcionamiento del sistema político, con una búsqueda de nuevos equilibrios en el aspecto económico-social.

Importa destacar que este “componente parlamentario” al que hacemos alusión tiene un alcance más amplio

que el comúnmente abordado. En este caso, el componente parlamentario se concibe como aspecto deliberativo-representativo y participativo que puede observarse tanto en el nivel institucional del régimen político (relaciones Ejecutivo-Legislativo), como en el nivel del sistema político de gobierno (relaciones Presidente-partidos políticos-Parlamento), como también en el nivel de las relaciones Estado-sociedad, de las dinámicas y procesos de la acción colectiva, de interpretación y mediación en los conflictos sociales y deapelación a estrategias supletorias de política pública y gestión social que cubran los “baches” profundos dejados por la crisis de la representación política tradicional.

Caracterizarán a estas fórmulas de gestión de crisis:

- el propio proceso de sucesión presidencial, en el que los Congresos se transforman en fuente de legitimación de dicho recambio;

- una forzada cooperación de emergencia entre los poderes Legislativos y Ejecutivos y el dictado de leyes, en este caso orientadas a paliar los más fuertes reclamos y demandas sociales.

- la instalación de mecanismos informales y parainstitucionales de mediación entre las organizaciones y movimientos sociales y los poderes públicos, donde los medios de comunicación masiva, y en especial la televisión, intervienen no sólo como transmisores sino como escenarios del proceso de formulación de demandas, construcción de actores públicos y toma de decisiones;

- un protagonismo más activo de dichas organizaciones y movimientos en las distintas instancias de la representación colectiva (asambleas barriales y vecinales, movimientos de desocupados urbanos, suburbanos y rurales, “piqueteros” y “sin tierra”, ahorristas confisquados, familiares de víctimas de la violencia defictiva o la represión policial, ONG vinculadas con la ayuda social, etcétera), en algunos casos desplazando a los actores tradicionales de la representación política y social (partidos y sindicatos); en otros compartiendo con éstos la esce-

na pública y el rol de articuladores de las demandas sectoriales;

- se destaca también, como elemento novedoso, la actuación de organismos internacionales —como el Banco Mundial o el PNUD— de una manera mucho más activa, tanto en el apuntalamiento de las tareas de gestión estatal y políticas públicas, a través de programas radicados en distintos ministerios y organismos estatales, como en la conformación de mecanismos informales de intermediación, participación y consulta, como lo fueron las llamadas Mesas de Diálogo. En este último caso, dichos mecanismos de intervención han tenido una intensa aplicación con resultados diversos, pero es innegable que cumplieron una función muy relevante en el sostenimiento de las gestiones de gobierno y

en el restablecimiento de circuitos de comunicación rotos por las crisis sociopolíticas, la formación de consensos mínimos e, incluso, la promoción de legislación para atender situaciones de emergencia social.

Otras características emparentan estas experiencias. Por un lado, la extrema debilidad gubernamental de origen se convierte en la fuente de su principal fortaleza al reducirse drásticamente las expectativas sociales a demandas mínimas de gobernabilidad y reglas básicas de honestidad, decoro público y sensibilidad por parte de los gobiernos. Por otro lado, los gobiernos emergentes no responden a partidos ni equipos pre establecidos, sus líderes provienen o bien de la oposición a las protohegemónicas declinantes, o bien de fracciones internas que protagoni-



zaron las disputas que acompañaron sus caídas; las fuerzas políticas tradicionales se desdibujaron y sus liderazgos se fragmentaron, aun en el caso de sobrevivir a sus descalabros recientes como fuerzas mayoritarias (caso del justiciamiento argentino y del coloradismo paraguayo). Tributan a estos gobiernos dirigentes más jóvenes o menos penetrados por el clima de época que se va dejando atrás, mano a mano con liderazgos cuyos contornos van definiendo un molde más flexible, transversal y proclive a la receptividad de las demandas sociales y a la reconstitución del campo de autonomía de la política frente a los principales factores de poder.

C) Sinergias externas-internas de intervención democrática (regional-nacional-local)

Asimismo, las similitudes entre procesos nacionales en países con notorias diferencias estructurales y político-culturales, permiten pensar en una característica regional en el modo de resolver el autorroscate de las democracias y en un efecto de retroalimentación y contagio entre procesos nacionales y regionales. En dos de los casos analizados –Perú y Paraguay– los mecanismos regionales –la OEA y el Mercosur– intervienen directamente en la resolución de las crisis y en el apuntalamiento del proceso democrático, y un instrumento del acuerdo multilateral hemisférico –la Carta Democrática Interamericana– adquiere fuerza efectiva.

Se evidencia, asimismo, una creciente interrelación entre las dimensiones doméstica e internacional en la presencia de organismos internacionales, los medios de comunicación, los movimientos de opinión y diversas organizaciones sociales con fuerte proyección local y exterior poblando la escena pública, así como en el avance del derecho suprastatal, la jurisdicción internacional en el tratamiento de violaciones a los derechos humanos y la redefinición de las soberanías estatales.

No puede dejar de mencionarse que esta confluencia de “datos nuevos” y constantes históricas de la realidad latinoamericana en el período 1999-2003,

se produce cuando se cumplen exactamente dos décadas del inicio de los procesos de salida de los autoritarismos militares y de recuperación, transición y consolidación de nuevas democracias. Este ciclo de veinte años cubre un promedio de cinco mandatos presidenciales, períodos cumplidos con una regularidad hasta entonces desconocida en la mayoría de los casos, si bien es cierto que también debieron sortearse situaciones de anomalia institucional, crisis de gobierno, emergencias económicas y sociales graves y alteraciones en los cronogramas electorales.

Con este trasfondo histórico reciente, los estudios acerca de “cómo cambian los regímenes políticos” (un clásico de la ciencia política contemporánea) adquieren una renovada vigencia; en este caso, no ya tanto en el abordaje de los tránsitos del autoritarismo a la democracia, sino más bien y –sobre todo– de las “capacidades de auto-transformación de los regímenes democráticos y su eficacia decisoria, esto es, la capacidad para decidir y ejecutar políticas públicas, incluyendo tanto su “piso”, esto es, el resguardo de sus condiciones mínimas de existencia, como su “techo”, esto es, el mejoramiento de su calidad institucional, la expansión de la ciudadanía y el fortalecimiento de la noción de “desarrollo democrático”. Del mismo modo, el interés en las capacidades de autortransformación democrática se vincula con un replanteo de la noción de “transición”, entiéndéndola como “transición dentro del régimen democrático” que no ve alcanzadas sus metas solamente en el recambio pacífico de gobernos y alternancia entre partidos, sino en un más amplio proceso de democratización.

Tanto el referéndum de Bolivia sobre la política energética nacional y los recursos gasíferos, realizado el pasado 18 de julio, como el referéndum de Venezuela sobre la revocatoria del mandato presidencial, realizado el 15 de agosto, pueden reconocer que algo está cambiando en el modo de encarar cuestiones dilemáticas para las democracias latinoamericanas. □

mas institucionales, sino también canalizar tales tensiones a través de mecanismos participativos e inclusivos de las demandas sociales y actores en conflicto. Los dos presidentes, Carlos Mesa y Hugo Chávez, salieron fortalecidos de ambas pruebas de fuego, pero contrariamente a la ecuación clásica, tal fortaleza no se produce a expensas de los límites democráticos al poder presidencial sino sobre la base de su reconocimiento.

Perspectivas

¿Se “salvan” los regímenes democráticos latinoamericanos de su derrumbe gracias a sus capacidades y fortalezas adquiridas? ¿O, simplemente, sobreviven en condiciones de debilidad por la ausencia de alternativas? Sea una u otra la respuesta, hay acuerdo en que las circunstancias que produjeron las fuertes convulsiones de este período y llevaron a la caída de gobiernos pueden volver a presentarse mientras subsistan las condiciones sociales y políticas que las generaron. Por eso, detectar aquello que “hace la diferencia” resulta una tarea crítica para cualquier planteo de fortalecimiento o desarrollo de la institucionalidad democrática.

Resiliencia frente a las crisis políticas es capacidad de aprendizaje y también capacidad para detectar pequeños cambios en las conductas de los actores, muchas veces a pesar de ellos mismos, es decir, sin que ellos tomen plena conciencia de que están actuando y pensando de otro modo, obligados por las circunstancias. Resistencia frente a las crisis políticas, por el contrario, es la absoluta previsibilidad de las respuestas, de los comportamientos y de las reacciones conocidas; rigidez e incapacidad de innovar y percibir la naturaleza de las alteraciones sucedidas. En ambos casos, se puede reconocer que algo está cambiando en el modo de encarar cuestiones dilemáticas para las democracias latinoamericanas. □

Nota

* Agradezco a Vicente Palermo y a Javier Artigues los aportes y comentarios a las ideas aquí planteadas.

Nueva chance para la “Venezuela saudita”

Chávez ofrece previsibilidad en momentos en que EEUU busca socios confiables

Más allá de su retórica nacionalpopulista, la reconfirmación del presidente Hugo Chávez implica una buena noticia en términos de estabilidad en una área altamente sensible en la agenda de EEUU, como lo es el “arco andino”, y en especial en un momento en que el mercado del crudo asiste a una fase de alta volatilidad. Mientras Bush, en plena campaña para las presidenciales de noviembre, afronta dificultades en su guerra global antiterrorista, una remoción anticipada del ex general golpista hubiera provocado una parálisis en el tercer proveedor de petróleo de EEUU, y un escenario de revanchismo político con final abierto.

Guillermo Ortiz

El reciente referéndum revocatorio celebrado en Venezuela, previsto en la nueva Constitución “bolivariana” impulsada por el propio Chávez en sus alardes fundacionales de fines de los años 90, y que otorgó un nuevo triunfo electoral al antiguo golpista, podría constituir un punto de inflexión en la historia reciente del país caribeño. Una historia caracterizada desde los últimos estertores del bipartidismo (fines de la década del 80), por una profunda crisis social y un alto nivel de polarización política. Lo significativo (o paródico) es que el triunfo del polémico Chávez introduce un elemento de previsibilidad, no sólo en Venezuela, sino en el subsistema geopolítico regional, si bien no anula los problemas de fondo.

Uno, interno, derivado de un liderazgo de corte populista y mesiánico en un país con altos índices de pobreza, que afecta la calidad institucional; otro, con impacto fuera del país, que surge de su interés en ejercer cierto liderazgo regional, destinado a fortalecer un eje antiestadounidense, en el cual se insertarían la Argentina y Brasil, a partir de un reforzamiento de polos de integración en el aspecto comercial y energético.

Venezuela no es un país cualquiera: se trata nada menos que del quinto productor de crudo del mundo y el tercer proveedor de EEUU, y geográficamente cierra una de las zonas más

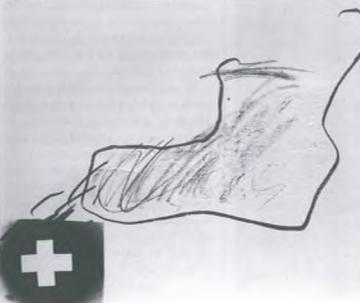
controlar resortes decisivos de poder, por lo que su derrota hubiera significado mayores costos en términos de estabilización.

Así, su triunfo produjo un respiro de alivio en no pocos sectores norteamericanos, en momentos en que el subcontinente afronta una sucesión de crisis superpuestas, a lo que se añade el aumento del precio del petróleo a niveles no previstos a partir de una serie de factores, entre ellos, la dificultad de Washington de poner en marcha la infraestructura petrolera iraquí, tras la ocupación que decapitó el régimen de Saddam Hussein.

Pero consignamos que la derrota de Chávez hubiera generado varios problemas.

En primer lugar, la convocatoria a nuevas elecciones en un mes. Chávez hubiera decidido presentarse, la oposición se hubiera negado, y se habría abierto una instancia judicial favorable al Presidente, ya que la Corte Suprema, dominada por el “chavismo”, hubiera decidido a favor de su candidatura. Venezuela se habría encaminado a una precampaña con Chávez como candidato, lo que, dada la tensión imperante, hubiera abierto la puerta a actos de revanchismo.

Segundo, se hubieran gestado problemas con las Fuerzas Armadas y en torno de la empresa estatal Petróleos de Venezuela (PDVSA).



Fue precisamente la cúpula militar, la que reinstaló a Chávez en la presidencia de Venezuela el 14 de abril de 2002, sólo cuarenta y ocho horas después de haber sido derrocado por un grupo de oficiales, juntos a sectores empresarios "antichavistas".

Si bien la jefatura castrense declaró su imparcialidad en la consulta, es difícil pensar en qué se habrían "cruzado de brazos" esperando ser destituidos en caso de un triunfo opositor. El comandante en jefe del Ejército –el arma más poderosa– es Raúl Isaías Baduel, Jefe de la 42^a Brigada de Infantería Paracaidista, y se movilizó activamente contra el golpe de 2002. Asimismo, el actual Ministro de Defensa, general Jorge Luis García, se desempeñaba como Comandante de la 3^a División de Infantería del Ejército, también sublevada en aquellas fechas para defender a Chávez, y procedió al rescate del Presidente detenido en una isla.

En pocas palabras: los organizadores de la resistencia a la fuga presidencial de facto a cargo del empresario Pedro Carmona, integran las unidades de combate. Y la oposición apenas cuenta con algunos generales o coroneles afines, ya que Chávez tras su regreso "purgó" la fuerza. Además, el Ejército es eje de la actual alianza cívico-castrense. Los efectivos se encargan de la distribución de alimentos y medicinas en barriadas pobres, cons-



truyen viviendas y colaboran en los programas de salud y educación oficiales de las llamadas "Misiones", en las que trabajan quince mil médicos cubanos, tres recientes convenios firmados con Cuba. Venezuela proporciona a Cuba, a precios preferenciales, un tercio del petróleo que consume, y La Habana envía a Caracas ayuda alimentaria y profesional.

En cuanto a PDVSA, hay que recordar la huelga general de diciembre de 2002 y enero de 2003 en protesta por el "autoritarismo" de Chávez, que derivó en la temporal interrupción de las exportaciones venezolanas de crudo, con el consiguiente daño para la economía del país. En este caso, de haber triunfado la oposición, es probable que se le hubiera escapado de las manos el control de la empresa de la que fueron despedidos dieciocho mil empleados que participaron en el paro, cuya readmisión es una bandera de la oposición. El staff de PDVSA quedó reducido a trece mil empleados de firme lealtad al Gobierno, que, según expertos, no estarán dispuestos a entregar la empresa a una dirección opositora.

Tampoco es buen indicio la heterogeneidad de la oposición, surgida en 2001 con las primeras movilizaciones de protesta contra la política económica, agrupada en la Coordinadora Democrática que integran más de diecisiete partidos y casi cuarenta ONG; militan empresarios, sindicalistas, políticos de derecha y de izquierda y dirigentes residuales de Acción Democrática (AD) y la socialcristiana COPEI (los dos pilares del bipartidismo tradicional), unidos sólo por el rechazo a Chávez.

Es una fuerza importante, pero sin cabezas visibles, salvo la de Enrique Mendoza, gobernador del Estado de Miranda, vecino a Caracas, quien ganó algunas elecciones regionales (en 1989 obtuvo la alcaldía del municipio de Sucre con casi 80 por ciento de los votos). Unido a esto, la decisión de mantener las denuncias de un fraude electrónico, con renovadas presiones hacia el Centro Carter y la OEA, la colocan como actor incómodo a los ojos de no pocos referentes de Washington.

Ocurre que el problema de Venezuela es anterior a Chávez, y se vincula con la corrupción y el desorden del sistema bipartidista conformado tras el Pacto de Punto Fijo (1958), luego de la caída de la dictadura de Pérez Jiménez, y la falta de respuesta para una situación social explosiva, derivada de la dilapidación del "maná" petrolero. Chávez es sólo un emergente y debería ser juzgado más por lo que hace que por lo que dice.

Desde su llegada al poder, la política de Venezuela en la OPEP no se caracterizó precisamente por el alienamiento con los países que alientan una baja de la producción para elevar los precios, al margen de actitudes en contrario en el pasado. Venezuela podría repotenciararse como proveedor confiable en momentos en que Estados Unidos busca diversificar sus fuentes de suministro tras la tensión sin precedentes creada en su alianza histórica con Arabia Saudita, luego de los atentados del 11 de septiembre. Una alianza basada en el petróleo, el dinero y la seguridad que involucra la defensa y los asuntos de Medio Oriente, y que hoy está amenazada por el auge del terrorismo islámico y el fracaso de las negociaciones israelí-estalianas.

Hay que destacar que quince de los diecinueve terroristas en los atentados del 11 de septiembre eran sauditas y, de hecho, aun en carácter de disidente, Bin Laden también lo es. Y que la actual desconfianza entre EEUU y Arabia Saudita reside en cuestiones internas. El fortalecimiento de una posición proisraelí en EEUU incomoda a Arabia Saudita, de la misma forma en que el auge de un sentimiento antioccidental en el reino, en especial



entre la juventud, incomoda a EEUU, a pesar de los intereses en común que implican la supervivencia del propio Estado saudita. Es así como este vínculo entre la monarquía saudita y Washington, comporta hoy un riesgo para ambas partes, en tanto se mantenga en niveles rígidos.

El alineamiento saudita con EEUU es un elemento desestabilizador en el interior del reino, pues fortalece a la oposición islámica, y de la misma manera lo es la excesiva dependencia de EEUU del petróleo saudita, ya que comporta un riesgo en la oferta y, por lo tanto, en el nivel de precios. Por ello, el staff Bush debe resolver un dilema: cómo mantener los negocios con los sauditas sin contribuir a una desestabilización del régimen ni retirar su asistencia a Israel. Por eso, la búsqueda de nuevos "grifos".

Se agrega a este cuadro la inestabilidad en la Rusia de Putin, que le impide asumir el papel de proveedor privilegiado, a partir de los rumores sobre la bancarrota de la gigantesca petrolera Yukos, responsable de casi 25 por ciento de las exportaciones de crudo de Rusia –segundo productor mundial– y de la nueva ola de terrorismo checheno –como telón de fondo de la pugna de poder– con EEUU en el papel de actor central, sobre el futuro mapa de los oleoductos en el Cáucaso.

Conclusion: Estados Unidos se encuentra, irónicamente, en una instancia de "pax hegemónica" como nunca en su historia, pero eso le exige una reformulación estratégica.

En la región apunta al libre comercio y la lucha antinuclear y, habida cuenta de sus desafíos globales, a la búsqueda de proveedores confiables. Venezuela, que atraviesa una curiosa experiencia de refundación política sin partidos y es, por ello, un laboratorio donde incluso es posible escrutar la deriva de una izquierda continental dubitativa entre la socialdemocracia de Lagos y el nacionalpopulismo de Chávez, puede cumplir un papel esencial en este nuevo entramado de intereses, más allá del deseo de Chávez de articular un bloque de poder autónomo. □

En un enrarecido escenario de las relaciones EEUU-Europa

Democracia y terror en la elección norteamericana

Políticamente hablando, el miedo no es lo mismo que el terror, pero una estrategia política dominada por el miedo puede muy bien contribuir a la generación y reproducción de una cultura política dominada por el terror. Es lo que está ocurriendo, hoy, en Estados Unidos.

Martin Plot

En las interpretaciones meramente empíricas del funcionamiento de la democracia moderna, las elecciones son vistas como procesos cuya función y razón de existencia fundamental es la selección de representantes, quienes, una vez instalados en sus respectivos lugares institucionales, se dedicarán a la tarea de gobernar lo más efectivamente posible a sociedades que, por razones de escala y complejidad, no podrían funcionar bajo regímenes en los que los ciudadanos participasen directamente en la deliberación y toma de decisiones. En este marco, el hecho de que los candidatos se dediquen exclusivamente a la tarea de ser electos no debería ser visto como un aspecto condonable de los procesos electorales, dado que no ser efectivo en ese sentido específico, exclusivamente instrumental, implicaría que aquellos que representan sistemas de valores distintos, y a veces hasta opuestos, terminarían ocupando los lugares institucionales que los candidatos perdedores no lograron ocupar y, por lo tanto, dominando los procesos de deliberación y toma de decisiones que la democracia representativa parecería preservar exclusivamente para aquejillos que hayan pasado con éxito el test electoral. Siguiendo con esta lógica, resulta evidente que evitar todas aque-

llas acciones y tomas de posiciones que pudiesen poner en peligro la supervivencia del test electoral resultaría no sólo algo aceptable sino el ejercicio más puro de responsabilidad política.

Esta forma general de ver los procesos electorales toma en cuenta mucho de lo que está efectivamente en juego en dichas instancias: en síntesis, la elección de nuevos gobernantes. Sin embargo, leer las elecciones exclusivamente de este modo ha llevado a la fórmula democrática conformada por los senadores John Kerry y John Edwards a generar el espacio que el Partido Republicano necesitaba para crear un estado de la opinión que hiciese posible no sólo la reelección de Bush y Cheney, sino también la continuación presente y futura de la agenda doméstica y la política exterior del actual gobierno. Usando los términos sugeridos, podríamos decir que la fórmula democrática decidió actuar responsablemente y evitar así todas aquellas acciones y tomas de posiciones que pudiesen poner en peligro su suerte electoral. ¿Quién de todos los ciudadanos estadounidenses que se opusieron a la invasión –y se oponen hoy a la ocupación– de Irak podría votar a la fórmula republicana? Nadie. Por lo tanto no es necesario decir nada en contra de la decisión de invadir y ocupar Irak y limitarse solamente a criticar la ejecución de dicha estrategia. De este modo, pensaban y aún piensan los candidatos demócratas: sin perder el voto de los que están en contra de la guerra nos aseguraremos la posibilidad de disputar el de aquellos que sin oponerse en principio a la invasión, si pueden ver con facilidad la enorme negligencia con la que la ocupación fue manejada. Ya habrá tiempo, luego, una vez elegidos, para cambiar el rumbo de la políti-



ca exterior, piensan los candidatos, lo importante es no arriesgar la posibilidad de ser elegidos. ¿Quién de todos aquellos ciudadanos estadounidenses que se opusieron y oponen a la idea de que los atentados del 11 de septiembre de 2001 sean vistos como el comienzo de una guerra, en vez de un crimen masivo que debe ser perseguido como un crimen doméstico e internacionalmente, podría votar por la fórmula republicana? Nadie. Por lo tanto no es necesario questionar la concepción general con la que el actual gobierno ha respondido interna y externamente a la destrucción de las Torres Gemelas, sino sólo resultar errores, cuestionar la asignación de recursos y promover la victoria. Ya habrá tiempo, luego, para ser claros en lo que todos igualmente saben: que nadie en el Partido Demócrata acepta la tesis de que el gobierno de Saddam Hussein estaba vinculado con Al Qaeda y que Kerry y Edwards no piensan que la "guerra contra el terrorismo" sea literalmente una guerra que pueda ser ganada sino que es una metáfora que habla de la necesidad de tener una estrategia y de ser perseverantes en el intento de desestimular y impedir la ejecución de futuros crímenes de esa naturaleza.

Para decirlo de forma sucinta: los candidatos demócratas decidieron tomar prestado el estado de la opinión **instituida** sin correr el riesgo de tratar de instituir un nuevo estado de opinión. Para qué tratar de proponer un nuevo texto que no sabemos cómo será leído por la sociedad americana si en realidad podemos dejar que el contexto gane las elecciones por nosotros?² Ahora bien, en la vida pública, y particularmente en el fragor de la batalla política, no hay nada más difícil que tratar de no decir lo que uno piensa. Difícil y contraproducente. Semana tras semana durante el verano del hemisferio norte los candidatos demócratas trataron de hacer ejercicio de la mencionada noción de responsabilidad política y, temerosos de molestar a alguno de los segmentos de opinión que los estrategas de campaña les recomendaban no molestar, se limitaron a evitar toda acción o toma de posición que, en el estado de la opinión presente, pudiese significar la pérdida de algunos votos. El problema reside en que este "estado de la opinión presente" no existe, son los padres o, en el caso de Kerry, los asesores Tad Devine y Bob Shrum, quienes insisten en proteger a su candidato de la imprevisibilidad e irreversibilidad propia de la palabra política.³ La opinión es carne, es reversible, cambia su forma y disposición. En este contexto, la enunciación de los actores políticos, particularmente durante campañas electorales, no se limita a buscar convertirse en representante de un estado de la opinión ya instituido sino que participa activamente en su proceso de institución. Los candidatos políticos no **re-presentan** opinión sino que despliegan, expresan y, en definitiva, **presentan** opinión.

Lo que ocurrió entonces fue que mientras los candidatos demócratas trataban "responsablemente" de no perder las elecciones, los candidatos republicanos, para los que gracias a su mayor grado de ideologización el estado de la opinión carece de toda cualidad mitica y, por lo tanto, son más libres para actuar a contrapelo de su "estado presente", usaron el verano norteamericano para desplazar la credibilidad de John Kerry, para solidificar la idea de que la invasión y ocupación de Irak fueron acciones necesarias en la guerra contra el terrorismo y para presentar a George W. Bush como el único de los dos candidatos que es capaz de continuar con decisión y coraje un camino que nadie se había tomado el trabajo de cuestionar en su dirección general. Hoy, a poco más de un mes de las elecciones, las condiciones están creadas no sólo para una victoria republicana sino también para la creación de un nuevo consenso poselectoral que probablemente lleve a Estados Unidos a una crisis mucho más profunda que la presente, tanto en su relación con el mundo como en el estado de su contrato social doméstico.³

Pero eso no es todo. El Partido Republicano no sólo se ocupó de fortalecer la lógica discursiva que le permitió asustar a Hussein con Al Qaeda y atacar "preventivamente" a Irak sino que se ocupó, también preventivamente, de asegurarse de que en caso de que un acontecimiento que pudiese alterar ra-

dicalmente la imagen de fortaleza que el gobierno quería presentar, esto último no sólo no ocurriese sino que aquel acontecimiento terminase jugando a su favor. Ese acontecimiento posible es fundamentalmente –aunque no de manera exclusiva– el de un nuevo atentado terrorista en geografía estadounidense. Es imposible decir qué posibilidades hay de que ocurra un nuevo atentado en Estados Unidos antes de las elecciones del 2 de noviembre. De todas maneras, lo que el gobierno de Bush y el Partido Republicano trataron de asegurarse luego de las bombas de Madrid, fue que aquellos atentados fueran leídos como un intento de Al Qaeda por influir en el proceso electoral español y contribuir a la derrota de Aznar a manos del PSOE. El machacar con esta interpretación –una de las varias posibles pero fundamentalmente una que insistió en excluir del análisis el uso electoral inverso que del atentado quiso hacer el Partido Popular– le permitió al gobierno de Bush no sólo aumentar las posibilidades de que un atentado en Estados Unidos consolidase el apoyo popular a su gobierno, sino también intimidar aun más a los demócratas, cuyo miedo enunciativo no les permitió ofrecer una interpretación alternativa de los atentados de los trenes de Atocha y, por lo tanto, no trataron de disputar el sentido de una posible acción terrorista en suelo estadounidense. Más todavía, los republicanos no se limitaron a tratar de prevenir una interpretación adversa de un atentado posible, sino que el sábado 11 de septiembre pasado, durante el tercer aniversario de la destrucción de las Torres Gemelas, el gobierno hizo público algo que en realidad podría leerse como un claro fracaso de la política exterior de Bush. Esta noticia era que Corea del Norte podría estar preparándose para realizar su primera prueba atómica, demostrando así haber usado estos últimos años para convertirse en una potencia nuclear (algo que también parece haber hecho Irán durante el mismo período). De todas maneras, haciendo de necesidad virtud, el gobierno presentó la noticia diciendo que aparentemente Corea del Norte buscaba "influir en el proceso electoral norteamericano". La fórmula propuesta por la administración Bush es brillante:

cualquier acontecimiento que pudiese ser visto como una consecuencia de la negligencia o miopía del gobierno actual, debe en realidad ser leída como un intento de los enemigos de Estados Unidos por hacer que el gobierno actual pierda las elecciones...

Planteada como está la campaña electoral hacia mediados de septiembre, la tendencia indica que sólo el contexto podría permitir a Kerry ganar las elecciones presidenciales, un contexto que ahora tendría que ser mucho peor que el que inicialmente habían imaginado los demócratas, donde el desbarajuste presupuestario, el aumento del desempleo y las continuas bajas en Irán iban a ser suficientes para asegurarse la victoria electoral. El contexto o un cambio abrupto y exitoso⁴ de acitud enunciativa que libere al candidato del miedo a correr riesgos y le permita hacerse de ese coraje que, como decía H. Arendt, "está ya presente en la predisposición misma hacia la palabra y la acción, en el estar dispuesto a insertarse en el mundo y comenzar una historia por sí mismo, [El coraje] y hasta la bravura están ya presentes en el dejar el propio escondite privado y mostrar quién es uno". Pero este coraje que demanda la acción y la palabra política, esta necesidad de dejar atrás el miedo que lleva al candidato a resguardarse en la aparente seguridad del universo de lo instituido, esta necesidad de involucrarse en la **presentación** de opiniones en un contexto de lucha política, no se opone sólo a la cobardía sino también a la temeridad, puesto que si dije al pasar que la opinión es carne lo hice porque creo que ésta no sólo es modificable sino también desarticularizable y herible. Y la forma en la que el Partido Republicano está dispuesto a oponerse al coraje de la política democrática no es la cobardía sino la temeridad del usufructo político del temor.

Pero eso Arendt venía a cuento, porque fue ella quien, además de subrayar el coraje que requiere la acción, también se ocupó de mostrar la posición inconciliable de opinión y terror. Para Arendt, la opinión pública era esa entidad incesantemente regenerada por la espontaneidad de la acción y el ejercicio libre del sentido común y el juicio político.

Pero ocurre que cuando la acción es rára vez espontánea, debido a que se ve sumergida en el miedo que el decir lo aún no dicho produce en el candidato político, y eso se combina con la experiencia real del terror –el 11 de septiembre de 2001 **fue** una acción terrorista no sólo por su intención sino también por su efecto– el resultado es que el sentido común se nubla y el juicio político se suspende. El gobierno de Bush y el Partido Republicano no ejercen el terrorismo de Estado,⁵ pero si están dispuestos a sacar todo el beneficio posible del terror que otros puedan generar en la sociedad norteamericana. El agente del terror podrá ser otro, pero la radicalización y militarización del conflicto es un interés objetivo mutuo de Al Qaeda –hoy ya mucho más que una organización, hoy ya idea y movimiento social– y la administración Bush. Y esta última no va a dejar que el terror se disipe así nomás. Durante un tiempo lo fueron los cambios de colores para marcar la supuesta intensidad del riesgo de otro atentado, más recientemente lo fueron la repetición obsesiva de las imágenes del sufrimiento de la ciudad de Nueva York durante la mañana de los atentados de hace tres años⁶ y mañana quizás lo sea la acción criminal de alguna otra "célula dormida" o la aterrorizante idea de que una prueba nuclear de un miembro del "eje del mal" permita imaginar a los ciudadanos estadounidenses lo que podría ocurrir en Chicago o Los Angeles si uno de esos artefactos llegara a escabullirse por uno de sus puertos marítimos. En estas condiciones, si los demócratas no encuentran pronto la forma de superar su miedo a los riesgos de la palabra política y oponer una visión alternativa a la del gobierno actual, a Estados Unidos esperan sin duda muchos más años de una cultura política dominada por el



terror.

En lo que respecta al plano internacional, resta decir que el mundo se encuentra hoy en un *impasse*. El gobierno norteamericano se queja de que las Naciones Unidas no están dispuestas a cooperar con la situación caótica en la que se encuentra Irak. Pero lo que ocurre es que la administración Bush sigue tratando de usar la coyuntura actual para imprimirle a las Naciones Unidas una función permanente de mera institución humanitaria. Por otro lado, las Naciones Unidas están tratando de preservar y, en esta coyuntura, quizás hasta de profundizar su carácter de institución política. En pocas palabras, la *impasse* presente está dominada por una disputa velada por el ejercicio real de la soberanía política global entre el efectivo monopolio del *ius bellum* de Estados Unidos y la relativa legitimidad política inter-

nacional de las Naciones Unidas. Esta disputa no sólo se está dando en el enrarecido escenario actual de las relaciones entre Estados Unidos y Europa sino también en las mismas elecciones presidenciales estadounidenses. Los actores políticos norteamericanos saben muy bien que las elecciones en España –y en Irak!– no serán las únicas que decidirán la forma en la que se saldrá de la *impasse* en que nos encontramos. □

Notas

¹ En las primarias demócratas, el candidato Howard Dean fue el que se presentó a los votantes demócratas como aquél que intentaría no sólo dejar que el contexto gane las elecciones, sino que además usaría la campaña electoral para promover una reconfiguración completa de la forma en la que el gobierno estadounidense debía responder domésticamente e internacionalmente a la situación presente. Pero fueron los mismos votantes demócratas

los que, luego de acoger con entusiasmo dicha candidatura y celebrar su incidencia en el debate nacional, decidieron no correr riesgos y elegir como candidato para las elecciones generales al que se les presentó, en ese entonces, como más “elegible”.

² Maureen Dowd, por ejemplo, contó recientemente que en los ratos en los que Bill Clinton no estuvo ocupado con su cuádruple *by-pass* de principios de setiembre, se la tuvo que pasar hablando por teléfono con John Kerry desde el hospital, instándole a algo así como “ponerse las pilas”. Así fue como “la banda de Clinton [...] intervino para apuntalar el liderazgo tambaleante de Bob Shrum, quien ha aconsejado al señor Kerry a no hacer ‘campaña negativa’ (y ha permitido que el otrora carismático John Edwards haya desaparecido sin dejar huellas)”. *The New York Times*, 12-9-04. Veremos si la intervención de aquella “banda”, a la que todos extrañamos, modifica el rumbo de la campaña. (La traducción es mía).

³ No tengo lugar aquí para referirme a la situación de déficit presupuestario y endeudamiento en la que se encuentran Estados Unidos luego de tres años y medio de recortes de impuestos para los sectores más altos de la pirámide social y de incremento exponencial de los gastos de Defensa, pero invito al lector a seguir atentamente el plan para una *ownership society* propuesto por Bush en la Convención republicana. Éste es el nombre bajo el que se desarrollará la segunda etapa de la deconstrucción del Estado norteamericano que se prepara en caso de que haya un segundo gobierno Bush-Cheney.

⁴ Nada asegura el éxito, obviamente, y esta es la razón por la cual la parálisis encuetiva que enfrentan los demócratas no carece de justificación objetiva.

⁵ Hannah Arendt, *The Human Condition*, University of Chicago Press, Chicago, 1958, p. 186.

⁶ Cobardía, o, más precisamente, aquello que ya alguna vez en estas páginas llamé *kitsch* político. Véase *La Ciudad Futura*, Nº 51, 2002; también, más extensamente, Martín Plot, *El kitsch político*, Prometeo, Buenos Aires, 2003.

⁷ No en la abrumadora mayoría de la población, aunque si muy probablemente en los sectores juveniles urbanos de origen musulmán. El Estado norteamericano desarrolló, en los meses posteriores al 11 de setiembre de 2001, una política sistemática de “lucha antiterrorista” que todavía debe ser estudiada en profundidad, tema al que trataré de dedicarme una vez pasadas las elecciones.

⁸ Sufrimiento que es muy extraño ver en la televisión norteamericana. Y no me refiero al típico reproche de que a los norteamericanos no les interesa el sufrimiento de los otros –no les interesa ni más ni menos que lo que les interesa a otras sociedades–, sino a que ni siquiera tienen conciencia de los propios soldados que mueren y son heridos a diario en Irak son vistos por televisión.

REFLEXIONES

La depresión oculta de la pobreza

Este trabajo es una síntesis de la intervención realizada en la XI Jornada sobre “Psicoanálisis y comunidad. Lo traumático y sus marcas sociales”, organizada por la Asociación Psicoanalítica Argentina, los días 20 y 21 de agosto de 2004.

Lucrecia Teixidó

Hasta los años 90, la Argentina había desarrollado un sistema de políticas sociales cuya madurez se produjo a mediados del siglo XX y que impactó en la calidad de vida de los trabajadores y en la constitución de los sectores medios. En la Argentina, la protección social siempre estuvo asociada al trabajo y éste era un componente esencial en la constitución de la identidad y la subjetividad de los hombres y mujeres, y el principio organizador de la vida familiar y cotidiana.

Aún en la década del 80 la ecuación era: empleo pleno, subempleo, desempleo. A partir de los años 90 el orden fue exactamente el inverso. Y mientras hasta 1980 el trabajo informal significaba 18 por ciento, en 2000 había llegado a 38 por ciento. Podemos discutir sobre la multidimensionalidad de la pobreza, pero es allí donde debemos buscar su causa.

¿Cuáles eran los valores básicos de aquel universo de trabajo estable, seguridad social, escuela y salud buenas y gratuitas; de aquella sociedad más homogénea y menos desigual? En aquella sociedad, en general, no se “zafaba”, por el contrario, el esfuerzo personal era un valor reconocido, como lo eran el estudio, el ahorro, el ascenso social y la solidaridad entre iguales.¹ El futuro era posible, era previsible que los hijos tuvieran una vida mejor que la de los padres y el sueldo se constituyó en un entramado de roles familiares más o menos estables, en barrios y escuelas heterogéneos, donde el hijo del obrero jugaba con el hijo del doctor, de la maestra, del portero o del panadero. Los recursos individuales eran variados y efectivamente estaban socializados.

la corriente de pensamiento dominante en los 90, efectivamente, era funcional una perspectiva donde la sociedad se concibiera como una entidad autoorganizada y autorregulada para resolver las fallas del mercado.

Pero el capital social no es algo natural y dado socialmente. Es el resultado de una construcción que supone inversión material, simbólica y de esfuerzos, y todo ello implica gastos y su utilidad se expresa en beneficios materiales y simbólicos que dependen de la participación en una red de relaciones sociales... Y en sociedades profundamente desiguales y heterogéneas, las posibilidades de construcción de los sujetos son profundamente desiguales.

En el mismo sentido, la persistencia de la pobreza y las desigualdades sociales hacen presumir que los hogares pobres deberán seguir agudizando el ingenio para sobrevivir. No obstante, y ante la rigidez del mercado de trabajo, el crecimiento del trabajo en negro (y, por lo tanto, sin protección social alguna) y el debilitamiento de las políticas universales, los hogares no podrán inventar indefinidamente.

En los últimos veinte años los asentamientos precarios crecieron 180 por ciento. Hoy viven en ellos alrededor de tres millones de personas y la gran mayoría está concentrada en el Conurbano.² Son los pobres de los pobres, entre los cuales un porcentaje muy alto de hijos no saben lo que es tener un padre con trabajo, abandonan la escuela, se embarazan precozmente, pierden fragmentos consecutivos de niñez, adolescencia y juventud.

¿Qué secuelas deja la naturalización de la precariedad?³ ¿Qué efectos tiene en el sujeto la certeza de la pobreza transmitida de padres a hijos y de hijos a nietos?⁴ ¿Qué ocurre con la percepción e identificación de valores, pertenencias e identidades?

Hay pérdidas que son intangibles, que sólo el largo plazo pondrá de manifiesto... porque los pobres de hoy van perdiendo también la variable tiempo, "... comienzan a ser viejos más temprano que antes, porque

BsAs10

LA CIUDAD QUE QUEREMOS VIVIR, LA ESTAMOS HACIENDO HOY

BsAs10 es un compromiso. El compromiso de construir una Ciudad diferente, donde cada uno de sus habitantes vive como debe vivir.

Y también es un sueño. Porque los sueños son motores del trabajo, son la energía del esfuerzo colectivo.

BsAs10 es el plan de infraestructura y recuperación del espacio público del Gobierno de la Ciudad. Es la construcción de subtes y el arreglo de plazas. La recuperación del Teatro Colón y las obras en la ex-Casa Cuna. Decenas de nuevas escuelas y la pavimentación y el alumbrado de calles.

BsAs10 es el futuro. El futuro que, juntos, estamos haciendo hoy.

www.buenosaires.gov.ar

gobBsAs

BUENOS AIRES
BIEN DE TODOS

sus proyectos de vida carecen de tiempos potenciales para su concreción".⁸

La pobreza deprime, aunque ésta sea una variable difícil de medir cuantitativamente. En sus diversas manifestaciones genera rupturas, desfasos e interrupciones de la vida individual y social. Y muchas veces desde el Estado y desde las organizaciones civiles no hacemos más que reforzar esa percepción de ajedzad, de no pertenencia. Suele ocurrir que no utilizamos las mismas categorías para evaluar conductas. Lo que en algunos sectores sociales caracterizamos como depresión, en otros no vemos más que dejadez y abandono.

Años atrás, la Secretaría de Desarrollo Social del Gobierno de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires llevó adelante un programa piloto en Villa Lugano y Villa Luro. Estaba destinado a mujeres pobres, jefas de hogar con hijos menores a cargo. Las mujeres de Villa Luro pertenecían, en general, a la clase media empobrecida; las mujeres de Villa Lugano vivían en Ciudad Oeste; Villa INTA y Villa Pirelli, habían nacido y crecido pobres. Mujeres de entre 18 y 30 años, con cuatro o cinco hijos, que pasaron escasas de la infancia a la adultez.

En sus biografías particulares los abusos y la violencia sufridos en la infancia aún continúan bajo diferentes formas. Las que trabajaban, dis-

continuamente, lo hacían en limpieza de casas particulares u oficinas. Sin embargo, y merecié a las políticas implementadas desde el Gobierno de la Ciudad, los hijos en edad escolar comían en los diferentes comedores comunitarios; en los Centros de Acción Familiar podían retirar viandas para almuero y merienda y en los centros de salud podían obtener gratuitamente desde un DIU hasta atención odontológica. Con todo eso desarrollaban sus "estrategias de supervivencia" y efectivamente, sobrevivían, sin morir en el intento.

El problema era que no se cuidaban los dientes, vivían embarazadas, soportaban situaciones de violencia familiar y, sobre todo, tenían la certeza de que nada de eso cambiaria en lo que les quedara de vida.

El programa les ofreció un espacio para conocer a otras mujeres, para hablar de sus problemas, sus miedos, sus esperanzas... pero lamentablemente todo terminó abruptamente por el cambio de funcionarios. Y al respecto quería hacer unas breves reflexiones.

Los años 90 no sólo cambiaron el mapa del trabajo y la cultura, también instalaron una nueva forma de tratar y gestionar la creciente pobreza producida por el ajuste, que apuntó a incentivar las energías solidarias de los pobres mientras los valores

hegemónicos siguen siendo la competencia y el individualismo para los que son más capaces.⁹

Desde esta perspectiva, el pobre es definido como un sujeto activo cuya situación varía de acuerdo con sus características particulares, sociales, culturales y con sus habilidades para usar de la mejor manera posible sus recursos. Se destacan sus destrezas para mantenerlos en un submundo de pobres autogestionados, adentro, aunque lejos del mundo globalizado de la modernidad.¹⁰

La mejor política social es mucho más que un conjunto de programas asistenciales para indemnizar a las víctimas del progreso de otros. Es un conjunto de prioridades públicas para que los hombres, mujeres, niños, adolescentes, jóvenes y mayores tengan una vida que valga la pena ser vivida.¹¹

Notas

⁸ María del Carmen Feijoo, *Nuevo país, nueva pobreza*, FCE, Buenos Aires, 2001.

⁹ *Idem*.

¹⁰ Claudia Danani (comp.), *Política Social y Economía Social*, Colección Lecturas sobre Economía Social, Universidad Nacional de General Sarmiento, Editorial Altamira, Buenos Aires, 2004.

¹¹ Sonia Alvarez, Ponencia "Los desafíos en la formación de posgrados en políticas sociales en América Latina", VI Congreso Internacional del CLAD Sobre la Reforma Del Estado y de la Administración Pública, Buenos Aires, del 5 al 9 de noviembre de 2001.

⁸ Citada por Susana Hintze en "Capital social y estrategias de supervivencia, reflexiones sobre el capital social de los pobres", en Claudia Danani (comp.).

⁹ Susana Hintze, *idem*.
" Información de la Dirección de Tierras y Urbanismo bonaerense, que relevó aproximadamente 640 asentamientos precarios. Su directora, María de la Paz Dessy, afirma que esa cifra representa la mitad de las urbanizaciones irregulares del Gran Buenos Aires. La Subsecretaría de Coordinación Operativa del Ministerio de Desarrollo Humano afirma que allí "... se combina la profundidad de la crisis, la persistencia de las migraciones hacia el Conurbano y la gran cantidad de embarazos adolescentes", *La Nación*, 4-7-04.

¹⁰ María del Carmen Feijoo, *idem*.

¹¹ Sonia Alvarez, *idem*.

¹⁰ Sonia Alvarez, *idem*.



■ LIBROS

Un feliz retorno a los orígenes del peronismo

Estudios sobre los orígenes del peronismo, Miguel Murmis y Juan Carlos Portantiero, Siglo XXI, Buenos Aires, 2004, 192 páginas.

Acaba de aparecer la edición definitiva de los *Estudios sobre los orígenes del peronismo*, de Miguel Murmis y Juan Carlos Portantiero. Publicado en 1971 por Siglo XXI, esa misma casa editorial tomó la feliz iniciativa de restituirnos una obra clásica, inhallable en las librerías y poco conocida por las nuevas generaciones.

No se trata, sin embargo, de una simple reedición: la versión, pese a no introducir modificaciones en el texto original, incluye un Prólogo de los autores y una impecable presentación de Hernán Camareño en los trabajos de Gino Germani y también, desde una óptica política diametralmente opuesta, en los de Jorge Abelardo Ramos. Las tesis de Murmis y Portantiero hacen ante todo hincapié en la subestimación, por parte de dichos autores, del aicionar del viejo sindicalismo y, consecuentemente, en la sobreestimación del papel de la posición de Germani relativista a la división entre una vieja clase obrera débil, y por tanto menguada en su capacidad de opción y de lucha, y una nueva clase obrera desprovista de experiencia sindical y, consecuentemente, en la sobreestimación del papel de los obreros nuevos, producto de las migraciones internas desde las zonas periféricas a las grandes ciudades, en la investigación sociológica e histórica del peronismo. A la que dio un nuevo y quizás decisivo impulso, y expone también con ecuanimidad las principales críticas de que fue objeto, críticas a menudo deudoras del nuevo horizonte de

de explotación sin participación, pese a haber sido entrevistado por los exponentes de la interpretación ortodoxa, no habría sido adecuadamente valorado en el esquema explicativo que dicha interpretación propone.

Los *Estudios...* ofrecen además, otros argumentos claramente contrapuestos a los del *Estudio...* la exposición de sus tesis, tanto en su dimensión polémica como en sus aspectos sustantivos, no ofrece mayores dificultades. Opuestas a las formuladas por lo que se llaman la interpretación "ortodoxa", encarnada principalmente en los trabajos de Gino Germani y también, desde una óptica política diametralmente opuesta, en los de Jorge Abelardo Ramos, las tesis de Murmis y Portantiero hacen ante todo hincapié en la subestimación, por parte de dichos autores, del aicionar del viejo sindicalismo y, consecuentemente, en la sobreestimación del papel de la posición de Germani relativista a la división entre una vieja clase obrera débil, y por tanto menguada en su capacidad de opción y de lucha, y una nueva clase obrera desprovista de experiencia sindical y, consecuentemente, en la sobreestimación del papel de los obreros nuevos, producto de las migraciones internas desde las zonas periféricas a las grandes ciudades, en la investigación sociológica e histórica del peronismo. En segundo lugar, señalan que la circunstancia de que la clase obrera (y particularmente los obreros nuevos) hayan experimentado, al menos desde comienzos de los años 30, un período

dad", sino como fruto de una alianza, avalada por el Estado, entre un sector de las clases propietarias y la clase obrera. Aquello que hizo posible tal alianza fue, para Murmis y Portantiero, este dato cuestiona la afirmación de Germani, en cuanto a la ausencia de un apoyo sindical al peronismo en sus comienzos, haciendo ver que tal apoyo existió en los hechos y fue obra, en lo esencial, de una estructura gremial preexistente, por lo que se torna imprudente hablar en ese registro de una ruptura con relación al pasado reciente.

Así pues, los *Estudios...* desarrollan progresivamente una interpretación alternativa para la cual el peronismo no se deja pensar como un régimen autoritario sustentado en la relación vertical entre un caudillo carismático y una nueva clase obrera políticaicamente inexperata y "en disponibili-



bio, Murmís y Portaniero, a la vez que subrayan la unidad de una clase trabajadora sometida durante un prolongado período a un proceso de explotación sin distribución, colocan el énfasis sobre la fragmentación de las clases propietarias.

Más allá de los muchoselogios y de algunas críticas de que fue objeto, el libro —publicado en un momento políticamente nada propicio— fue recibido con beneplácito por los investigadores sociales de la Argentina y de América latina. Hernán Camarero resalta con amplitud y probidad estos aspectos. Por mi parte, quisiera concluir llamando la atención sobre un punto que no ha sido, quizás, suficientemente subrayado por los críticos.

Además de sus misterios intrínsecos, de la novedad de su enfoque y de su interpretación global del peronismo, los *Estudios...* significaron una suerte de corriente de aire fresco en la investigación sociológica y política en nuestro país. Algo semejante a un “quejibe” constructivo. Ello no se debió, en mi opinión, al hecho de que en ellos se recurriera a categorías marxistas (y no ya al exhausto arsenal de conceptos estructural-funcionalista), ni tampoco a la circunstancia de que el empleo de esas categorías, lejos de ser meramente especulativo, estuviera respaldado por una muy respectable información empírica.²

Ya en el momento de

su primera publicación, la referencia a Marx y a autores marxistas era frecuente; dejando de lado los intelectuales oficiales del Partido Comunista Argentino (en su mayoría prescindibles), entre otros, Jorge Abelardo Ramos y Mileides Peña ya habían hecho uso de conceptos marxistas en sus interpretaciones del peronismo. No por casualidad se trató de dos autores cuya producción es analizada en los *Estudios...*

Aquello que quiero, si no demostrar, al menos sugerir, tiene por cierto que ver con el empleo de ciertas categorías, para el caso marxistas, que suelen prestarse a un uso mecánico y casi ritual. Sin duda, no es necesario insistir en que la aplicación mecánica de recetas es siempre un procedimiento improbable en la investigación, y que este vale tanto para el mundo desarrollado como para nuestros países. Pero en este último caso, la dificultad es más compleja: la referencia a conceptos teóricos forjados en otros contextos y a partir de otras experiencias, hecha con vistas al análisis de procesos socio-políticos que tuvieron lugar en los países de América del Sur, es sin duda legítima —inevitável, incluso—, pero también problemática. El investigador debe habérselas con una suerte de doble paradoja: es sin duda cierto que los acontecimientos y procesos que busca analizar son diferentes de los que dirigen lugar a esos conceptos,

pero también es cierto que están relacionados con ellos. Más aun: desde una perspectiva más amplia, se inscriben en un espacio común, marcado por la lógica abarcadora del capital. Es preciso entonces —al precio de un esfuerzo adicional— mantener los dos polos de la tensión: la inclusión en una misma lógica global y la modalidad específica de esa inclusión. Es ficto, de tal modo, recurrir a los mismos conceptos, pero siempre que se tome en cuenta también —y éste es el segundo aspecto de la paradoja— que no pueden ser ya los “mismos” y que hay que conjugar esfuerzos, imaginación y astucia para utilizarlos con provecho.

Es esta astucia —el inves-

tigador brasileño Roberto Schwartz, más valiente que yo, diría lisas llanamente “maliciosa”— lo que está presente en los *Estudios...*, es esa astucia lo que, particularmente, campea en la utilización inteligente e inventiva que los autores hacen, entre otros, del concepto de “alianza de clases”, en

base a la cual el espacio social e histórico argentino, en los orígenes del peronismo, emerge como el lugar de insolitas fragmentaciones, de conflictos y pactos inesperados y medianas convergencias. Al margen de sus muchos otros merecimientos, esa astucia creativa basta por sí sola para hacerlo acreedor al calificativo de “clásico”.³

Emilio de Ipota

Notas

¹ Y no sólo de sus orígenes.

² Que esa información diera luego lugar a objeciones y debates serían ya los “mismos” y que hay que conjugar esfuerzos, imaginación y astucia para utilizarlos con provecho.

³ Sobre esta semivigencia ha llamado la atención Roberto Schwartz en su notable artículo “Un seminario de Marx”: “... el conjunto de categorías plasmadas por la experiencia intraeuropea pasa a funcionar en un espacio con un andamiaje sociológico diferente, distinto pero no ajeno, en el que aquellas categorías no se aplican con propiedad ni se pueden dejar de aplicar, o, mejor, giran en falso pero son la referencia obligatoria (...). En *Punto de Vista*, N°50, abril de 1995.

La renovación de la democracia según la izquierda mexicana

La crisis histórica de la izquierda socialista mexicana, Massimo Modonesi, Juan Pablo Losada, Universidad de la Ciudad de México, México, 2003, 191 páginas.

Este libro debe interpretarse mucho interés entre quienes nos preocuپamos por la identidad, historia, tradición y también por el

siempre viva izquierda de América latina. El autor, aunque circunscribe su trabajo al estudio del proceso mexicano de las últimas tres décadas, y más particularmente a la de 1980, convoca a una revisión historiográfica rigurosa de la izquierda, en el marco de una época en América Latina que comienza con la Revolución cubana y termina, a su juicio, con las transiciones democráticas y el asentamiento del neoliberalismo en la región. Tarea política imprescindible, cuyo único antecedente más general ha sido el libro de Jorge Castañeda —ahora ex canciller del gobierno de Vicente Fox y posible pretendiente a la presidencia en 2006—, *La utopía desnudada*.¹ El que según Modonesi “no cumple con el rigor historiográfico” (p. 18) y es más bien “un panfleto socialdemócrata que un verdadero trabajo de historia política” (p. 16). En términos de la historia de la izquierda en México, un par de buenos trabajos lo anteceden: el libro de Barry Carr, muy centrado en la historia del Partido Comunista y el de Arturo Anguiano, escrito desde la perspectiva trotskista, ambos reconociendo la centralidad de la transformación de la izquierda entre 1987 y 1989.²

Dos hipótesis centrales articularon este trabajo, respaldado por una sólida investigación bibliográfica, hemerográfica y documental, hasta disparatada, pero

riodísticas efectuadas en distintas fechas a muchos de los protagonistas más significativos, lo que hace de sus fuentes y bibliografía una buena guía de materiales para necesarias investigaciones futuras. La primera idea rectora es que la izquierda socialista mexicana se transformó radicalmente a partir del surgimiento del movimiento cardenista en 1938. La segunda postulada que esa izquierda experimentaba durante esos años una crisis histórica de realización, de proyecto y de balance político con la que precisamente empañó el importante proceso de masas mencionado, iniciado con el desprendimiento del hasta entonces hegemonicó Partido Revolucionario Institucional (PRI) de la llamada Corriente Democrática, que reivindicaba el nacionalismo revolucionario frente a la neoliberalización de ese partido y del gobierno del Presidente Miguel de la Madrid, en torno a la preparación de las elecciones presidenciales de julio de 1988. La escisión estaba dirigida por el ingeniero

Cuauhtémoc Cárdenas, hijo del gran presidente de la década de los 30, general Lázaro Cárdenas, y por Porfirio Muñoz Ledo, un político muy experimental, original y sagaz formado en el sexenio de Luis Echeverría Álvarez (1970-1976).

Naturalmente, Modonesi reconoce la fundación de partidos como la Izquierda Histórica que tuvo el gran proceso de movilización estudiantil de 1968, con el sangriento desenlace de la matanza de Tlatelolco, el 2 de octubre de ese año. Punto de coagulación de la “nueva izquierda”, como en tantos otros procesos similares en el mundo, 1968 fue el momento de construcción de organizaciones maoistas, trotskistas, renovadas, castristas, espartaquistas, con diversas referencias a ideologías internacionales. El 68 incentivó los movimientos guerrilleros que habían emergido espontáneamente desde años anteriores, respuesta a un clima de época y también manifestación de una tendencia de larga duración en la historia mexicana, tan pródiga en rebeliones campesi-

nas. La brutal represión del régimen a estas expresiones de violencia popular en una oscura “guerra sucia” que se prolongó varios性eños, late todavía hoy en las reclamaciones políticas y acciones jurídicas destinadas a mantener viva la memoria y, fundamentalmente, aclarar los numerosos casos de asesinatos, torturas y desapariciones de esa época, señalando a los culpables e impunes responsables de esa barbarie. Tanto el Partido Comunista como la nueva izquierda crecieron y se fortalecieron en ese período sobre un auge de tareas sociales autónomas y con el afianzamiento del marxismo como una importante presencia intelectual y cultural, reforzando también una larga tradición mexicana iniciada en los años 20, en tiempos tempranos de los regímenes revolucionarios.

Junto con la representación irregular a las guerrillas y a los movimientos sociales autónomos, el régimen mexicano jugaba a la perpetua política. En 1977, el presidente José López Portillo (1976-1982) promulgó una reforma destinada a sanear algunas de las más viciadas prácticas electorales y revitalizar el sistema político agobiado por el hegemonismo del PRI; reconocida oficialmente al Partido Comunista Mexicano y al Partido Socialista de los Trabajadores, un conglomerado político singular que no se reconocía

marxista. Incluso, el radicalizado y trotskista Partido Revolucionario de los Trabajadores obtuvo su registro electoral. Muy debatida y confrontada, denunciada como maniobra de legitimación del sistema, la reforma política tuvo como consecuencia, sin embargo, ir incorporando a las organizaciones más importantes de la izquierda a la lucha electoral, cambiando paulatinamente su fisonomía y organización partidaria, de cuadros a partidos de masas y otorgar una creciente visibilidad a las opiniones de la izquierda, incluso en el Parlamento, ahogando un poco más plural y abierto. Desafío también un importante debate en torno a la legalidad, la participación electoral, la “reforma” y la “revolución”, que muchas veces fragmentó y azotó las divisiones de la izquierda mexicana en complejas, y repetidamente absurdas, cuestiones de estrategia, táctica y organización.

Un mérito menor del libro de Modonesi es arrojar claridad sobre el, a veces, laberíntico mundo de los partidos, grupos, fracciones y tendencias de la izquierda, sus agrupaciones, coaliciones y rupturas, sus publicaciones y dirigentes, las discusiones generales de líneas y las posiciones de coyuntura. Generalmente menoscabados desde el “saber” académico por mittades despectivas e ironías, o simplemente desconocidos, estos informes, debates y elaboraciones teóricas y políticas constituyen un rico veneno de reflexión acerca de la realidad del movimiento obrero y popular, sus experiencias y luchas, la historia reciente del país, la tercera resistencia a la dominación y explotación de clase y la cultura de las clases subalternas. El creciente interés que en México despiertan entre estudiantes e investigadores los procesos de historia del siglo XX, y en particular los de su segunda mitad, debe revalorizar este conjunto documental hasta ahora relegado.

Obtenido el registro electoral en 1979, el Partido Comunista convocó su XIV Congreso en 1981 y luego de un intenso proceso de discusión ideológica se di-

solvío, fusionándose con las tendencias de la izquierda, sus agrupaciones, coaliciones y rupturas, sus publicaciones y dirigentes, las discusiones generales de líneas y las posiciones de coyuntura. Generalmente menoscabados desde el “saber” académico por mittades despectivas e ironías, o simplemente desconocidos, estos informes, debates y elaboraciones teóricas y políticas constituyen un rico veneno de reflexión acerca de la realidad del movimiento obrero y popular, sus experiencias y luchas, la historia reciente del país, la tercera resistencia a la dominación y explotación de clase y la cultura de las clases subalternas. El creciente interés que en México despiertan entre estudiantes e investigadores los procesos de historia del siglo XX, y en particular los de su segunda mitad, debe revalorizar este conjunto documental hasta ahora relegado.

Obtenido el registro

electoral en 1979, el Partido Comunista convocó su XIV Congreso en 1981 y luego de un intenso proceso de discusión ideológica se disolvió, fusionándose con las tendencias de la izquierda, sus agrupaciones, coaliciones y rupturas, sus publicaciones y dirigentes, las discusiones generales de líneas y las posiciones de coyuntura. Generalmente menoscabados desde el “saber” académico por mittades despectivas e ironías, o simplemente desconocidos, estos informes, debates y elaboraciones teóricas y políticas constituyen un rico veneno de reflexión acerca de la realidad del movimiento obrero y popular, sus experiencias y luchas, la historia reciente del país, la tercera resistencia a la dominación y explotación de clase y la cultura de las clases subalternas. El creciente interés que en México despiertan entre estudiantes e investigadores los procesos de historia del siglo XX, y en particular los de su segunda mitad, debe revalorizar este conjunto documental hasta ahora relegado.

Obtenido el registro



con otras organizaciones más pequeñas de la izquierda mexicana, grupos intelectuales y sindicales, para formar el Partido Socialista Unificado de México (PSUM), siendo el primer partido comunista que lo hizo en el mundo, antes de iniciar el proceso de la perestroika gorbachoviana. En 1974 se había formado el Partido Mexicano de los Trabajadores (PMT), dirigido por un importante político de izquierda, Heberto Castillo; una compleja amalgama de luchadores por la democratización sindical, defensores del legado cardenista y de la inspiración nacionalista revolucionaria de México. La tendencia de unificación y el reconocimiento cada vez más decisivo de la "cuestión democrática" como clave en la lucha política del país tuvo altibajos complejos, y los resultados durante la década del 80 no fueron demasiado alentadores en cuanto a constituir a la izquierda como una alternativa de las masas mexicanas frente al vetusto edificio

cio priista y al crecimiento de una derecha democratizadora nucleada en el Partido Acción Nacional, una vieja fuerza de orígenes cristianos. Esto llevó a que en 1987 se efectuara una nueva fusión, esta vez entre el PSUM y el PMT, para formar el Partido Mexicano Socialista (PMS), orientado esencialmente a mejorar el posicionamiento de la izquierda en los procesos electorales, comenzando por la renovación presidencial y parlamentaria cercana.

Entre noviembre de 1987 y mayo de 1989 se manifestó plenamente la crisis de identidad y de balance respecto de su inserción en la clase obrera y los sectores populares de la izquierda socialista mexicana. El período pidió dividirse en dos momentos, siendo su bisagra la realización de las elecciones presidenciales del 6 de julio de 1988. El primero es el del impacto del movimiento cardenista sobre la izquierda a partir de la constitución de la Corriente Democrática en el interior del PRI,

dirigida, como ya dijimos, por Cuauhtémoc Cárdenas y Porfirio Muñoz Ledo, políticos de gran relieve en el partido de Estado mexicano que aparecían desplazados por la orientación neoliberal que imprimía a la política, al partido y a su propia sucesión el presidente Miguel de la Madrid (1982-1988). Producido el "destape" de Carlos Salinas de Gortari —uno de los principales artífices del giro aperturista, desregulador y privatizador de empresas públicas del sexenio— como candidato presidencial, la Corriente Democrática se apartó del partido oficial y comenzó a gestionar la posibilidad de una candidatura de oposición abierta, a la unidad con fuerzas de izquierda. Con los ex comunistas del PMS como principales impulsores de la posibilidad de alianza con Cárdenas, que ya había lanzado su candidatura, fraccionaron inicialmente en lograr una amplia coalición, pero después de un proceso muy rico, cuyo trasfondo era la presión de los

militantes y bases políticas de diversas organizaciones de izquierda que vislumbraban la posibilidad de incidir en un proceso transformador de grandes proporciones, la idea unitaria fue cobrando cada vez mayor fuerza.

En los primeros meses de 1988 la candidatura de Cárdenas alcanzó dimensiones inesperadas, articulando la resistencia popular a los cambios neoliberales con las dimensiones democratizadoras que cuestionaban los fundamentos mismos de la hegemonía priista. Otro efecto del ascenso cardenista fue el paulatino relegamiento de la campaña del carismático Manuel Clouthier, líder democrático del Partido Acción Nacional (PAN). La herencia del cardenismo histórico probó ser un poderoso factor de movilización de campesinos. En la universidad, la candidatura de Cárdenas fue apoyada por amplios sectores de la intelectualidad y la juventud, con su correspondiente ascendente en segmentos importantes de las clases medias urbanas.

La figura de Cuauhtémoc Cárdenas, que evocaba una tradición política y una época de protagonismo popular, se convirtió en el catalizador de uno de los mayores movimientos políticos de la historia mexicana. La composición de este movimiento se modificó día tras día, hasta convertirse en un fenómeno de masas, cuyo perfil social escapa a una caracterización rígida.

Se trataba de un típico fenómeno de movilización popular, donde los orígenes de clase se desdibujaban en la medida en que cruzaban, en su interior, reivindicaciones democráticas y demandas sociales surgidas de la participación de sectores organizados y de ciudadanos sin militancia o filiación. Indudablemente los contingentes campesinos, obreros y vecinales ofrecían una imagen cercana a las coaliciones populares que protagonizaron los momentos más altos de la larga historia de luchas que recorrieron México y toda América Latina a lo largo del siglo. Al mismo tiempo participaron —y este parece ser el hecho notorio— amplios sectores de clase media, los cuales engrabolaban, además del descontento frente al empobrecimiento sufrido a partir de la crisis de la deuda y el ajuste estructural neoliberal, demandas ciudadanas que enriquecían el tema de la justicia social desde la perspectiva de la participación democrática, el rechazo al autoritarismo y al corporativismo, en dirección de la refundación de un sistema político en el que los derechos políticos y civiles se hicieran efectivos. (pág. 85).

Finalmente, la fortaleza del movimiento popular en torno a la candidatura de Cárdenas hizo que Heberto Castillo, candidato del PMS, retirase la postulación y se decidiera el apoyo al hijo del general. Expresión de ten-

siones, inseguridades y derivas, también es cierto que este paso fue decisivo en la conformación de un debate que superaba la coyuntura electoral y que instalaba a la izquierda en el interior de un importante movimiento de masas que le daba una oportunidad histórica de protagonizar un proceso de transformación política y social.

La historia de las elecciones presidenciales del 6 de julio de 1988 es la de un gigantesco fraude electoral. Existía la convicción generalizada de que Cuauhtémoc Cárdenas había obtenido la mayoría de los votos y que el PRI había recurrido a una manipulación enorme de las cifras para consagrarse el triunfo de su candidato. La defensa del voto se realizó de manera pacífica "institucional", siguiendo las orientaciones de Cárdenas, lo que redundó en la imposición de Salinas de Gortari como presidente (1988-1994). Una de las debilidades del planteamiento de Modonesi es la falta de una postura más crítica respecto de las orientaciones concretas de la lucha contra el fraude electoral de 1988, y en investigar y desarrollar más las consecuencias de esta pasividad del cardenismo sobre el movimiento de masas, lo que permitió al salinismo restaurar en buena medida la legitimidad desgastada, que sólo fue golpeada en 1994 con la rebelión zapatista, el asesinato del candidato presidencial

mucho de mayo de 1989. Para Modonesi, toda la crisis 1987-1989 terminó con el ciclo histórico abierto con la fundación del Partido Comunista Mexicano en 1919. Un ciclo histórico que mantuvo el socialismo, con altas y bajas, en el debate político nacional "como horizonte posible y como proyecto viable". Se extraña en el libro una reflexión que promueve la necesidad de consolidar su opción propia. Sin embargo, la mayoría acordó la disolución del PMS y la formación del PRD. La cuestión de la democracia adquirió un papel central en la lucha política mexicana. La concepción dominante en el PRD era que la entrada al nuevo partido propuesto por Cárdenas no estaban condicionadas con "objetivos socialistas", sino que constituyan un punto de partida para la construcción de una corriente importante proveniente del Partido Comunista resistió

mucho la idea de disolverse en el nuevo organismo político. Un partido, argumentaban, que recogiera a todos los elementos democráticos y nacionalistas revolucionarios fogueados en el proceso de 1988 sería bienvenido; sería un aliado importante de los socialistas, pero éstos no deberían diluir su propia fuerza y su opción propia. Una visión crítica, o la insinuación de una crítica, a la "democracia realmente existente". El debate y el haber de esa opción tomada hace ya quince años. Queda, sin duda, abierto como uno de los grandes interrogantes del presente: ¿se reactualizará el socialismo reviviendo ese horizonte y ese proyecto? Por el momento, el PRD se ha afirmado como un partido nacional, con encrucijadas políticas de gran importancia, fundamentalmente el gobierno de la ciudad capital, la más poblada del mundo. Está surgiendo con mucha fuerza un proyecto político encabezado por el jefe de gobierno, Andrés Manuel López Obrador, como alternativa de renovación de un proyecto nacional distinto al neoliberal entrinizado por Salinas, continuando por su sucesor Ernesto Zedillo (1994-2000), y por el gober-



Notas

- Jorge Castañeda, *La utopía desarmada. Joaquín Mortiz*, México, 1993.

- Barry Carr, *La izquierda mexicana a través del siglo XX*, Ediciones ERA, México, 1996; Arturo Arguiano, *Entre el pasado y el futuro. La izquierda mexicana en México, 1969-1995*, Universidad Autónoma Metropolitana-Unidad Xochimilco, México, 1997. Debería agregarse el polémico Enrique Lamm, *La búsqueda 1. La izquierda mexicana en los años del siglo XXI*, Editorial Océano, México, 2003; *La búsqueda 2. La izquierda y el fin del régimen de partido de Estado (1994-2003)*, Editorial Océano, México, 2004.

El hilo es el laberinto

¿Qué cambió en la política argentina?

Eleciones, instituciones y ciudadanía en perspectiva comparada, Isidoro Cheresky y Jean-Michel Blanquer (comps.), IHEAL-Homo Sapiens-UBA, Rosario, 2004.

E l estudio del cambio político planteado, típicamente, al menos dos problemas: el de la determinación de su ocurrencia y el de la descripción de sus mecanismos. Las investigaciones clásicas sobre el cambio, como *Los Orígenes Sociales de la Dictadura y de la Democracia* de Barrington Moore, han sabido producir articulaciones teóricas y metodológicas capaces de ofrecer soluciones a ambos problemas. La ocurrencia del cambio dependía, en el esquema de Moore, del despliegue de ciertos mecanismos, cuyas combinaciones de variables diagramaban transformaciones distintas. Sin descripción de los mecanismos, la ocurrencia del cambio devía para postulación del analista; sin criterios de demarcación entre la novedad y el *status quo*, la yuxtaposición de mecanismos tendía a sugerir más continuidad que interrupción.

En la compilación de Isidoro Cheresky y Jean-Michel Blanquer, la postulación sin explicación, propia del ensayista o del propagandista,cede su lugar al trabajo prudente del observador académico. Eludiendo, con algunas tentaciones aquí y allá, el enamoramiento de la retórica política del presente, los autores –miembros de



un equipo de investigación binacional que ha probado su competencia para el análisis de la política argentina –emprenden la tarea de rastrear, en los mecanismos que han trazado la dinámica y la estética políticas de los últimos años, la existencia de umbrales más allá de los cuales especificar el acaecimiento de cambios.

La naturaleza del emprendimiento es, en la mayoría de los artículos que integran la compilación, eminentemente descriptiva. Cheresky mapea las coaliciones políticas y sociales emergentes en las elecciones presidenciales y legislativas de 2003. Hugo Quiroga reseña tópicos y posiciones esbozadas entonces en la reforma política. Edgardo Mocca, en fáz más analítica, delineó la radiografía del estado de los partidos políticos tras los suce-

sos del período 2001-2003. Inés Pousadela, en vena más explicativa, sitúa los resultados de esa radiografía en las vicisitudes de los formatos de representación partidaria iniciadas en la década pasada. Niccolò Cherny y Gabriel Vommaro especifican los rasgos de la diversidad de formatos de representación emergentes en estos años a través del análisis de sistemas de partidos provinciales como los de Santa Fe y Santiago del Estero. Virginia Oliveros y Gerardo Scherlis detallan, probablemente por primera vez, uno de los mecanismos clave para asegurar tanto la diversidad de formatos representativos a nivel subnacional como su integración en colectividades políticas nacionales; la manipulación de los calendarios electorales.

Las descripciones emprendidas no alcanzan, sin embargo, a producir, ni indirectamente, ni por derivación de premisas conceptuales, imágenes certeras del umbral de los cambios. En algunos casos, ello es efecto del problema típico de la historia del

presente: la perspectiva curvada por la cercanía con el objeto de estudio. Los artículos de Cheresky y Quiroga resultan situados en esa curvatura de la cercanía por el carácter provisorio que la realidad ha impuesto a sus respectivos asuntos. El texto de Mocca tematiza con explícito rigor este problema y plantea de igual modo sus consecuencias intentando mirar hacia el futuro de la empresa transversal. Pousadela sorteó estas dificultades inscribiéndolas con prudencia en la trayectoria que analiza en hitos conceptualmente precisos, a los cuales quizás sólo haya faltado una periodización más arraigada en la historia.

En el trabajo de Cherny y Vommaro, así como en el de Oliveros y Scherlis, la demarcación entre novedad y repetitivo se presenta como problemática, como doble consecuencia de la naturaleza de su objeto y del tratamiento a él dispensado en la tradición de análisis político argentino. El federalismo ha sido un rasgo constitutivo y permanente de las instituciones y de las prácticas económicas y políticas argentinas. Las distorsiones disgresionales de fondos fiscales, las manipulaciones de reglas electorales, las tensiones entre autonomía y subordinación de la vida política provincial a la nacional siempre han estado ahí, con mayor o menor intensidad, tanto bajo regímenes de facto como constitucionales. No obstante ello, ocupados con explicar el “fra-

Alejandro Bonvechi

La Ciudad Futura

Dossier

Publicamos algunos fragmentos de la parte final de la intervención de Norberto Bobbio en el Seminario organizado por la Universidad de Sassari sobre “dilemmi del liberalsocialismo”, cuyas actas editó la Nuova Italia Scientifica (Roma 1994), a cargo de Michelangelo Bovero, Virgilio Mura y Franco Sbarberi. Intervención y traducción al español de José Fernández Santillán (ahora en N. Bobbio, *Teoría general de la política*, Trotta editor, Madrid 2003, pp. 390-398).

Sobre el liberalsocialismo

Norberto Bobbio

No hay ninguna gran dicotomía en el ámbito de las ciencias sociales en la que liberalismo y socialismo se coloquen el primero de una parte y el segundo de otra, mejor dicho, si el primero se coloca en un lado, el segundo parece que no puede dejar de ubicarse en el otro: primacía de la esfera privada o de la pública; propiedad individual o colectiva; la burguesía como sujeto histórico dominante o el proletariado como sujeto histórico alternativo; derecha izquierda; visión individualista del hombre u organicista de la sociedad; atomismo u holismo; sociedad o comunidad, y, si alguien tiene más, que las ponga. ¿El individuo está antes de la sociedad o la sociedad antes del individuo? ¿La parte está antes del todo o el todo antes de la parte? ¿Concepto conflictualista de la sociedad o concepción armónica o armonizante del conjunto social?

Si embargo, se debe considerar que esta serie de antítesis, de las que se podrían mostrar una infinitad de ejemplos concretos citando textos

de autores pertenecientes a los flancos contrapuestos filosófica, económica y políticamente, está destinada a atenuarse hasta desaparecer por completo, transformando el oxímoron en una síntesis conforme nos alejamos de los movimientos socialistas influidos por el marxismo. En efecto, si nos movemos en Inglaterra la perspectiva cambia.

La historia del liberalsocialismo podría hacerse comenzar con John Stuart Mill, que aun así es uno de los mayores exponentes del pensamiento liberal. Son conocidas sus simpatías, en especial durante los últimos años, por las ideas socialistas. Entre los diversos fragmentos de sus escritos más frecuentemente citados en esta dirección, uno de los de mayor significado es la carta a K. D. H. Rau del 20 de marzo de 1852, en la que se lee: “Me parece que el principal propósito del progreso social debe ser preparado mediante la educación para una condición de la sociedad que combine la más grande libertad personal con la justa distribución de los frutos del trabajo que las actuales leyes sobre la propiedad no permiten alcanzar”.

Resalto solamente que para indicar

la “superación”, como hubieran dicho nuestros filósofos, de la antítesis histórica entre el liberalismo y el socialismo, Mill utiliza el verbo “combinar” (*combine*), que indica desde un punto de vista pragmático, como convienen a un filósofo empirista, la exigencia de un encuentro entre principios liberales y principios socialistas en el terreno de la lucha política.

[...]

No me parece, sin embargo, que Carlo Rosselli y Guido Calogero, considerados como los principales teóricos del socialismo liberal y del liberalsocialismo, respectivamente, hayan hecho particular referencia a Mill como precursor. El autor inglés que Calogero cita cuando augura una futura historia del liberalsocialismo que se remonte a los precursores, es Hobhouse, quien tiene un ensayo sobre el liberalismo traducido también al italiano.² Este ensayo, a su vez, es citado por Croce, quien en un artículo de 1928 sobre “Liberalismo y liberalismo”, uno de los escritos de la famosa discusión con Einaudi sobre la relación entre el liberalismo político y el económico, admite que, con la más sincera y vivaz conciencia liberal, se podrán sostener procedimientos y ordenamientos que los teóricos de la economía abstracta clasifican como socialistas, y, con una expresión paródica, hablan hasta de (como recuerdo que se hace en una bella eulogía y apología inglesa del liberalismo, la de Hobhouse) “socialismo liberal”. Donde resalta la expresión “paródica”, que, como “ambigüedad” y “oxímoron”, muestran la reacción espontánea a la conjunción entre dos términos generalmente considerados antitéticos.

[...]

No quiero aburrir al lector con un exceso de referencias históri-

cas, aunque me parece de cierto interés buscar las raíces lejanas y no italianas de un movimiento de ideas que algunos consideran de gran actualidad y predominantemente italiano. No obstante, permítaseme evocar para Francia al filósofo Charles Renouvier (1815-1903), llamado el filósofo del radicalismo político, que intenta una recuperación de motivos iluministas mediante un retorno a Kant y una fundación personalista de la ética. En la obra *La science de la morale* (1869) escribe que la sociedad actual teóricamente ha rechazado tanto el comunismo como el individualismo en su acepción ordinaria y abstracta. Así y todo, desde el punto de vista práctico, se describe que una parte de la verdad está contenida en ambas ideas: la sociedad, en efecto, busca su organización en una síntesis

entre las dos. Comunismo e individualismo son indispensables: el único problema es definir en la sociedad actual lo que debe ser común y lo que debe pertenecer al individuo. En la justa delimitación de las dos fuerzas se encuentra la armonía social. En una de sus últimas obras, *La nouvelle monadologie*, distingue cuatro posiciones con respecto a las cuestiones sociales: la reaccionaria o conservadora, que acepta como hecho ineludible la explotación del trabajo; la de los liberales, que contemplan en el libre intercambio la única premisa para la futura distribución armónica de la riqueza; la de los socialistas colectivistas, que se orientan a la abolición total de la propiedad privada; y la que puede ser llamada de los socialistas liberales, que "piden a la razón y a la libertad de los cui-

dados, tomados en su calidad de productores y consumidores, unirse en asociaciones limitadas", y a la clase política "su auxilio para la asistencia de las partes menos favorecidas de la población".

En lo concerniente a España, el discurso debería ser mucho más amplio, porque el socialismo español tiene una larga tradición libertaria, que ciertamente es más cercana al socialismo liberal que al de cuño marxista, ya sea en referencia a la inspiración ideal, ya a la propuesta y a la acción política. El lema del Partido Socialista Obrero Español (PSOE) desde su origen es "Socialismo es libertad". Al haber tenido la ocasión de hablar frecuentemente con amigos socialistas españoles, me da la impresión de que la caída del comunismo no los afectó porque su tradición socialista jamás estuvo orientada hacia el colectivismo. Sobre este tema le cedo la palabra a Renato Treves, quien, habiendo vivido en los años de exilio en la Argentina, donde se encontraban muchos refugiados españoles de la Guerra Civil, conoce la historia del socialismo de ese país mejor que yo. En su libro de recuerdos y testimonios hay un ensayo sobre "Fernando de los Ríos y el socialismo liberal", que ilustra la figura y la obra de uno de los mayores inspiradores del socialismo español, quien en su obra principal, *El sentido humanista del socialismo*, escrita en 1926 durante el gobierno de Primo de Rivera, contrapone el humanismo al capitalismo, calificado como antihumanista, y, si bien admirando a Marx, se considera más cercano a Proudhon, Lassalle y al socialismo neokantiano. En cuanto a Pablo Iglesias, fundador del PSOE (1879) y del periódico *El Socialista*, en una breve antología de sus escritos publicada en un fascículo de la revista *Sistema*, dedicado a ilustrar su obra y acción, leo un artículo titulado "Socialismo y libera-

lismo", del que recojo el siguiente fragmento:

Quien sostiene que el socialismo es contrario al liberalismo tiene una idea equivocada de él o desconoce los fines que persigue... ¿Acaso puede haber liberalismo verdadero sin que el socialismo haya triunfado?"

La idea de que el socialismo no es la antítesis del liberalismo, sino, en cierta manera, su continuación y cumplimiento, es el principal enfoque del socialismo liberal italiano. No debemos olvidar que Carlo Rosselli se inspiró en Rodolfo Mondolfo que, si bien declarándose marxista, resaltó el aspecto humanista del pensamiento de Marx asumiendo una posición diametralmente opuesta a la ya indicada de De los Ríos. A principios de siglo Mondolfo había escrito un ensayo, *De la declaración de los derechos al Manifiesto de los Comunistas* (1906), en el que se propuso claramente poner de relieve la novedad en la continuidad, interpretando al marxismo como el fruto de una maduración natural de los ideales de la Revolución Francesa, en vez de como una violenta ruptura con el pasado. Incluso en uno de sus últimos escritos, *De Ardigó a Gramsci*, o, si se quiere, del positivismo al marxismo, de acuerdo con una línea de continuidad que él mismo, en un origen positivista, había seguido, escribió: "El marxismo con su filosofía de la praxis es... el heredero de la filosofía clásica de la libertad, llevada por él a sus consecuencias extremas".

[...]

Como se ha visto en este recorrido a través de los diversos intentos de conjugar el liberalismo y el socialismo, el socialismo liberal en todas sus formas, variaciones y enunciaciones siempre se propone como alternativa al marxismo, del que critica, filosóficamente, el determinismo y el materialismo, o sea, la

negación de las fuerzas morales que mueven la historia; económicamente, el colectivismo global; y políticamente, el inevitable resultado despectivo del Estado materialista y colectivista.

Aquello que resulta claro en la mayor parte de estos antecedentes es que el socialismo liberal partió de la convicción de que los dos "ismos" no constituyen en manera alguna una antítesis, un oxímoron, y por tanto su integración práctica debe ser entendida, en todo caso, como una síntesis, definida hegelianamente como el tercer momento de una antítesis, negada y superada. Incluso, el socialismo fue concebido como un natural desarrollo histórico del liberalismo en el proceso de emancipación de la humanidad; del proceso que se coloca en la teoría del progreso y de la historia como historia de la libertad. De manera un poco esquemática: a la emancipación política, que fue obra de la Revolución francesa, habría seguido la emancipación económica. Por lo demás, la Revolución francesa fue a su vez precedida, mediante la Reforma y el proceso de secularización que derivó de ella, por la emancipación religiosa. Las

emancipaciones religiosa y política esperaban ser completadas por la emancipación económica. El poder último, el más difícil de erradicar, ¿no fue siempre, aunque con diferente acento, el poder económico, es decir, el poder que se basa en la posesión de bienes primarios, de los que depende en última instancia la supervivencia de los hombres?

Las primeras dos formas de emancipación tuvieron éxito; la tercera se ha mostrado mucho más difícil. Marx detectó claramente la primacía del poder económico sobre los otros poderes; precisamente de la base establecida por las relaciones económicas, en referencia a la superestructura ideológica y política. Sin embargo, el remedio que propuso, o los movimientos políticos que derivaron de él han tratado de aplicar, tuvo los efectos perversos que hoy todos vemos. Justamente ha sido ese efecto perverso el que ha resarcido en estos últimos años el ideal del socialismo liberal, el que en un comienzo nació de la necesidad de solucionar en nombre del socialismo los efectos prácticos del liberalismo que, con el desarrollo cada vez más rápido e incontrolable de la sociedad industrial, deri-



vó, en las sociedades más industrializadas, en formas de opresión y esclavitud de masas. Hoy, en cambio (aunque ya no Rossellí la nueva exigencia era clara), se vuelve a proponer como solución el socialismo despotico en nombre de la libertad.

Creo que se puede decir que el encuentro entre el liberalismo y el socialismo se presentó históricamente por dos vías diferentes: del liberalismo o libertarismo moviéndose hacia el socialismo, entendido como el complemento de la democracia puramente liberal; y del socialismo hacia el liberalismo, entendido como condición sine qua non de un socialismo que no sea antiliberal. Como integración del segundo en el primero, como recuperación del primero para el segundo.

Considerando siempre el problema desde un punto de vista histórico y no teórico, puedo agregar que en Italia el oximoron, que ya Croce había llamado en una metáfora polémica "animal químerico", tuvo una mayor razón de ser porque el fascismo se había afirmado como negación ya sea del liberalismo en política, en cuanto dictadura, ya del socialismo en economía, en cuanto defensa de la sociedad capitalista amenazada por la revolución socialista en curso. Hoy, de cualquier modo, el renovado interés por el polémico "animal químerico" podría derivar de otra apremiante doble negación proveniente de la parte del destacamento católico integrista que desde hace tiempo asumió como principal adversario al viejo Partido de Acción, derrotado en política pero victorioso, se dice, en el frente cultural. No obstante, se trata de un *né-né* completamente diferente: el liberalismo y el socialismo deberían negarse como productos del proceso de secularización y de laicismo radical de la vida intelectual y social que ha distinguido a la época moderna. A ello se le debería oponer una concepción solidarista, no individualista, de la sociedad, y una fuerte recuperación

de los valores comunitarios poco compatibles con la democracia liberal, que es rechazada por atomista y atomizada.

Esta rápida reseña histórica ha servido únicamente para demostrar que la idea de una conjunción entre liberalismo y socialismo entendida unas veces como combinación pragmática, otras como síntesis ideal y algunas más como mediación política, ha tenido un área de difusión más amplia de lo que normalmente se cree. Queda la incognita de por qué jamás ha habido un partido liberal-socialista. Han existido partidos socialistas de todo tipo. Hasta se ha dado el socialismo nacional o el nacionalsocialismo. Extrañamente, el liberal-socialismo italiano, que habría sido filosóficamente elaborado y filosóficamente criticado, tomó cuerpo en un partido que se llamó "de Acción", y se desempeñó sobre todo en una actividad de corta duración. No es casualidad, pero cuando se ha querido dar un título al debate en curso sobre el liberal-socialismo, han sido empleados dos términos cultos: oximoron y síntesis. Pero en la esfera de la política democrática no hay oxímoros sino alternancias; no síntesis, sino compromisos.

Creo que la respuesta debe buscarse en que son, tanto el socialismo liberal como el liberal-socialismo, construcciones doctrinarias y artificiales hechas sobre las ruinas, más verbales que reales. Se ha tratado de una composición cuyo significado histórico como reacción, por un lado, a un liberalismo no social y, por otro, a un socialismo no liberal, es innegable; pero su valor teórico aún es débil. El hecho de que el liberalismo y el socialismo no sean incompatibles todavía no dice nada sobre las formas y maneras de su posible conjugación. ¿Más liberalismo o más socialismo? Liberalismo, ¿en qué medida? Socialismo, ¿de qué calibre? Depende de quién hace la propuesta y de la manera en que se acoplan los diversos ingredientes.

Me parece que se camina con los pies un poco más en la tierra si, en vez de los dos "ismos", se habla de libertad e igualdad. Frente a los enormes retos que se nos presentan —que son los de la sociedad, no de los dos tercios, sino de la sociedad global, que es la de los nueve décimos—, hablar de los problemas de la libertad y de la igualdad acaso es menos pretencioso y al mismo tiempo más útil: de libertad para todos los pueblos, y la mayoría son los que no tienen gobiernos democráticos, y de igualdad en referencia a la distribución de la riqueza. Si queremos decir que los dos problemas remiten, el primero a la doctrina liberal, el segundo a la socialista, digámoslo; pero yo me reconozco mejor, incluso emotivamente, en el lema "Justicia y Libertad". □

Notas

¹ Cfr. *Collected Works of John Stuart Mill*, Vol. XIV, University of Toronto Press, Toronto, 1972, p. 87.

² R. Treves, *Sociología e socialismo. Recordar e incontrar*, Franco Angeli, Milán, 1990, pp. 214-226.

³ Sistema. *Revista de Ciencias Sociales* (octubre de 1915), p. 143. Para una interpretación liberal-socialista de Ortega y Gasset, cfr. los diversos escritos sobre este pensador español de L. Pellicani, entre los cuales se encuentra *La sociología soñora de Ortega y Gasset*, Sugarc, Milán, 1987, donde el último capítulo se titula "Liberalismo e socialismo", pp. 119-140, y la Introducción a J. Ortega y Gasset, *Scritti politici*, Utet, Turín, 1979, pp. 9-105.

⁴ R. Mondolfo, *Da Ardighi a Gramsci*, Nuova Accademia, Milán, 1962, p. XIV. Remito al lector a mi Introducción a R. Mondolfo, *Umanesimo di Marx. Studi filosofici 1908-1966*, Einaudi, Turín, 1968, reimpr., 1975, p. XIII.

⁵ Un ejemplo significativo: en una entrevista al húngaro M. Vaszaryeli en el ámbito de la investigación realizada por G. Torlonato, "L'idea democratica dopo i scommovimenti dell'Est": *Nuova Antologia* 126/fasc. 2177 (1991), p. 297, se lee: "En mi opinión, la izquierda del mañana debería ser social-liberal. Es decir, debería garantizar los derechos políticos, las libertades, pero también los derechos humanos, o sea, la equidad social, de la que todavía carece el mundo occidental, como lo demostró el Thatcherismo en In-

glaterra. Al mismo tiempo, creo que la concepción socialista-reformista está superada por la historia". Igualmente es sintomático el hecho de que, a finales de 1989, el Instituto Gramsci de Roma hubiera convocado al seminario sobre el tema "Libertad y socialismo". En la ponencia inaugural, Nicola Badaloni afirma que "socialismo y libertad ya no son valores autoexcluyentes, aunque, en las actuales condiciones, todavía se presentan como una posibilidad histórica inestable en la cual comprometer la praxis" (*L'Unità*, 3 de diciembre de 1989).

⁶ En estos últimos años he tocado en diversas ocasiones el tema del socialismo liberal: además de la Introducción a Carlo Rosselli, *Socialismo liberal*, Einaudi, Turín, 1979, pp. VII-XII, en las palabras introductorias pronunciadas en el congreso sobre "Socialismo liberal e liberalismo social" (10-11 de diciembre de 1981) "Mediación e integración liberal-socialista", en *Socialismo liberal. Liberalismo social. Esperienze e prospettive in Europa*, Forni, Bologna, 1981, pp. 24-26. Y en los siguientes escritos: "Formula di élite"; *Critica liberale* XIV (1982), pp. 92-94, al que sigue una réplica, pp. 103-104 (congreso sobre "Socialismo liberal: actualidad e radio"); Bolonia, 13 de noviembre de 1982; "Socialismo e liberalismo", en *Quadrilatero Círculo Rosselli*, dedicado a *Nuovi orientamenti del Socialismo europeo*, 1986, pp. 111-118; intervención en el seminario "Il liberal-socialismo dalla lotta antifascista alla Resistenza", dedicado a Tristano Codignola, *Il Ponte XII/I* (1986), pp. 143-148; "Socialismo liberal", participación en el seminario "Socialismo liberal: Carlo e Nello Rosselli, Ernesto Rossi, Gaetano Salvemini", en *Il Ponte XLV/5* (1989), pp. 158-167.

⁷ En esta versión se emplea la expresión en italiano *né-né*. En cambio, en la edición de *Derecha e izquierda*, de Taurus (Madrid, 1995), se la usa en español: "ni-ni". Ello sucede cuando Bobbio se refiere a la distinción entre los conceptos de Tercero incluyente y Tercero incluyente, y señala que aquél "[...] busca un espacio entre dos opuestos e, introduciéndose entre el uno y el otro no los elimina, sino que los aleja, impide que se toquen y que, si se tocan, lleguen a las manos, o impide de la alternativa drástica, o derecha o izquierda, y consiente una tercera solución. El tercero incluyente suele ir más allá de los dos opuestos, englobándolos en una síntesis superior, y por lo tanto, anulándolos como tales [...]"; para afirmar, luego, que el Tercero incluyente, como negación de la negación, puede ser representado por la fórmula "ni-ni". [N. de la R.]

Tradición liberal y tradición socialista

Juan Carlos Portantiero

Siembargo, Bobbio no podrá eludir su propia relación personal con esa tradición que prefiere no considerar como una construcción doctrinaria. Es que si el liberal-socialismo o la búsqueda de un compromiso entre esas dos vertientes del pensamiento moderno tuvo en el siglo XX un espacio preferencial de expansión, fue en Italia. Hoy mismo el tema sigue vigente en la cultura política italiana a juzgar por la cantidad de publicaciones y de seminarios académicos dedicados a la cuestión. Es obvio que tanto los fracasos del neoliberalismo conservador, cuanto los del socialismo estatista,



han servido de estímulo para esta resurrección de una temática que tuviera su cima en los años 30 y los primeros 40.

En Italia y con la participación personal de Bobbio, estos temas del socialismo liberal llegaron a cuajar, primero, como movimiento ideológico-político alrededor del periódico *Giustizia e Libertà*, y más tarde, como agrupación política, en el Partido de Acción, que compartió con el Partido Comunista la dirección de la Resistencia y que diez la primera coalición gobernante, tras la caída del fascismo, en la figura de Ferruccio Parri, el cargo de Primer Ministro. El Partido de Acción fue finalmente diluido por la bipolaridad comunista-democrática y Bobbio se incluyó, por períodos, en las filas del socialismo italiano, sin dejar jamás de bregar por el diálogo entre izquierda y tradición liberal que había iniciado el amigo de Gramsci, Piero Göbett.

Pero es evidente que la contribución italiana más importante a esta problemática del compromiso entre socialismo y liberalismo la dio Carlo

Rosselli. En 1930, en el exilio francés, donde fuera finalmente asesinado –siete años después– por los sicarios de Mussolini, Rosselli publicó su libro *Socialismo Liberal*,¹ escrito y discutido en el confinamiento de la isla de Lipari. Se trata de la fundamentación más completa de la posibilidad de articular esas dos tradiciones, tornando explícito lo que ya había aparecido como problema en la discusión propuesta en el socialismo internacional por Eduard Bernstein a principios de siglo y que fundara la corriente llamada revisionista.

Lo que diferencia a Rosselli de Bernstein es que éste último nunca dejó de considerarse un marxista, aunque rechazara algunos conceptos del fundador transformados en dogmas, mientras que Rosselli fundamentaba su argumentación en una dura crítica a lo que consideraba el determinismo económico de Marx. En ese sentido, el Marx que el revisionismo salvaba era, según Rosselli, "un Marx de fantasía", lejano del verdadero que sólo habló de intereses a partir de una plataforma determinista y no de ética y de vo-

luntad. Para Rosselli el liberalismo es una teoría política (no económica) que parte del postulado de libertad en el espíritu humano y que declara "la libertad su fin supremo, su medio supremo, la regla suprema de la convivencia humana". Es por eso que en nombre de la libertad efectiva, los socialistas reclaman "el fin de los privilegios burgueses", una distribución más equitativa de las riquezas "y el aseguramiento a todo ser humano de una vida digna de ese nombre". Y en ese sentido –precisa Rosselli– "el movimiento socialista es el heredero completo del liberalismo, el vehículo de esa idea dinámica de libertad que se realiza en la historia".

No es éste el lugar para discutir hasta qué punto puede considerarse a Marx, como lo hace Rosselli, ajeno a esta idea de continuidad-supervación entre liberalismo y socialismo. Es verdad que la ambigüedad de muchos textos marxianos pueden presumir esa distancia entre su pensamiento colectivista y la afirmación de la autonomía del individuo característica del liberalismo. Pero no sería difícil reconocer, a la vez, que ese

antiindividualismo se derramaba, sobre todo, en el terreno económico, pero no en el social y el moral. Algunas frases, como este párrafo con que culmina el *Manifesto Comunista*, nos permiten pensar que el individualismo, entendido como proyección de la persona, no era ajeno a la concepción de Marx sobre el socialismo futuro: "A la antigua sociedad burguesa, con sus clases y sus antagonismos de clase, sucederá una asociación en la que el libre desenvolvimiento de cada uno será condición para el libre desenvolvimiento de todos". Al revés de lo presumible, en estas palabras de los fundadores del "socialismo científico" no sería el desarrollo de la totalidad lo que condicionaría el desarrollo de cada uno, sino este crecimiento individual el umbral a partir del cual podría liberarse a la sociedad.

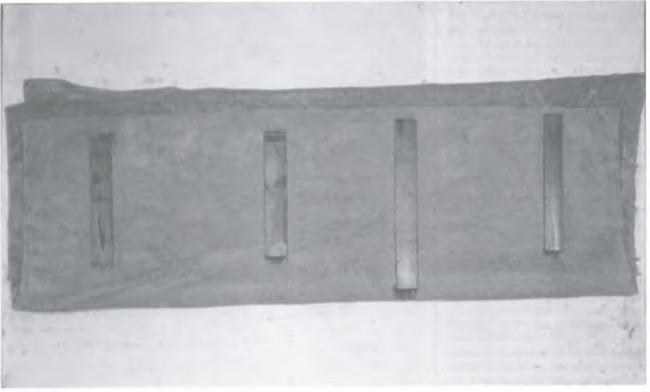
En la tradición del marxismo italiano, quien mejor buscó interpretar estos nexos entre socialismo y libertad fue Rodolfo Mondolfo, al que Gramsci y Rosselli conocieron bien en las aulas universitarias, y que ya casi centenario fallecería en el exilio argentino. Bobbio, en el texto que presentamos, rescata esa herencia trayendo una cita en la que Mondolfo señala que la filosofía de la praxis es heredera de la filosofía de la libertad, llevada por el marxismo "a sus consecuencias extremas".

¿Cómo impactan estas premisas sobre el debate argentino? Si hay un lugar donde la expresión socialismo liberal se presenta como oxímoron, ese es el de nuestra cultura política. Al menos a partir de la década del 30, y reforzada con la aparición del peronismo, las dos palabras marcan una "repugnancia real", una antinomia imposible de conciliar; más aun, los términos mismos del conflicto histórico nacional. Es obvio que esta pugna se ha acentuado a partir de la hegemonía neoliberal conservadora en los años 90, pero su lenguaje viene de atrás y al mismo no le falta siquiera el condimento de una tradición nacional católica, que siempre

rechazó al liberalismo político y cultural y que nutrió a la cultura política criolla muy fuertemente desde los años 30 del siglo pasado.

Ese discurso penetró también en la izquierda local que, a partir de entonces, tuvo dos almas. En sus orígenes, y muy claramente hasta los años de apogeo del primer peronismo, muestra izquierda no dudó en reivindicar sus raíces como continuidad y supervación del pensamiento liberal del siglo XIX. Esto fue claro en el socialismo inspirado por Juan B. Justo, quien decididamente fundó su discurso en esa continuidad, pero también en el

campo comunista y para ello basta apreciar la obra desplegada por Aníbal Ponce, el que fuera su principal intelectual en los años 30, o asomarse a la iconografía propuesta por el comunismo argentino en las páginas de su historia oficial, publicada en los primeros años del peronismo. A esa visión se le contrapuso otra, muy claramente luego de la caída del peronismo, cuando se advirtió que la clase trabajadora no abandonaba la identidad que había constituido hacia 1945, de espaldas a la izquierda tradicional. Si ésta se había forjado sobre la base de la heren-



cia liberal, nueva alma, nacional-popular, de la izquierda, se erigiría sobre la confrontación con esa imagen, al punto de que la palabra liberalismo, que en las primeras décadas del siglo XX era recuperada con orgullo por los socialismos (frente al clericalismo y al conservadurismo), se iba a transformar hasta hoy en el lenguaje político, en el más duro de los epítetos. Es evidente que el alma nacional-popular ha doblegado en la izquierda argentina al alma liberal-socialista: la idea socialista hoy es predominantemente una superación del nacionalismo popular. El texto de Bobbio podría provocar la reapertura de una discusión sobre el destino de esas dos visiones contrapuestas, actualizada desde 1984 por la vuelta después de décadas a las normas del Estado de derecho, la mayor de las conquistas del liberalismo.

Como uno de los exponentes tradicionales de ese socialismo liberal, él menciona al español Pablo Iglesias, sobre el que Justo tuviera una reconocida influencia intelectual. Está claro que es en Juan B. Justo donde podrán encontrarse las referencias más precisas a la articulación entre esos dos mundos ideológicos. Pero más interesante puede resultar el advertir quién otra figura latinoamericana descolante transitó por rutas similares. Me refiero a José Carlos Mariátegui, el fundador ideol-

ógico del socialismo peruano y al que nadie se atrevería a considerar como un "cipayo". Las citas sobre el tema de este autor, que se definía a sí mismo como "marxista convicto y confeso" pero que apreciaba mucho la obra de Piero Gobetti, aquel liberal italiano que en la década de los

racion entre economía liberal y economía socialista, confirma "la conclusión a que arriban los pensadores liberales cuando afirman que la función del liberalismo, histórica y filosóficamente ha pasado al socialismo y que siendo el liberalismo un principio de evolución y progreso incansables, nada hoy es menos liberal que los viejos partidos de ese nombre".

El panorama para el debate que aporta este texto de Bobbio es, además de amplio, necesario para el desarrollo de una cultura política de izquierdas en la Argentina, tan penetrada por el nacionalismo popular. Tampoco se trata de proponer a ese nacionalismo como antinomia irreductible, sino de reexaminar desprejuiciadamente la permanencia de los legados del liberalismo político y cultural en la construcción de una ideología socialista y democrática, cuando sabemos que la democracia, en cualquier régimen social, supone protección de los derechos individuales y vigencia



20 anticipó muchos de los temas de Roselli, son variadas pero pueden resumirse en una de 1927, en la que señala que "el destino de todo liberalismo auténtico es preparar el camino al socialismo" (abona en *Temas de Nuestra América*, Lima, 1980, p. 136) u otra tomada de *Defensa del marxismo* (Lima, 1978, p. 77), en la que luego de establecer una compa-

de los principios republicanos, temas que el liberalismo clásico transformó en bandera. □

Nota

¹ Hay varias ediciones en español. La que está en mis manos es de 1977, publicada por Editores Mexicanos Unidos, con prólogo de Gaetano Salvemini y traducción de Diego Abad de Santillán.